

■ **DON SALOMÓN ORTIZ, ROSTRO Y VOZ DE LA
CONCIENCIA CHATINA**

Juan Carlos Martínez Prado

■ **SULJAA': TEJIENDO EL RÍO**

Edith Herrera

■ **DOS LENGUAS SON FRONTERAS**

Un relato de Ana Matías Rincón

Suplemento Mensual • Número 307 • noviembre 2022

Ojatasca
LaJornada

LA VIDA LO VALE TODO



Joven cubierto con capayo, o pachón, saluda al sol en los humedales de Xochimilco, octubre de 2022. Foto: Hermann Bellinghausen

■ **GRITO DE PÁJAROS EN XOCHIMILCO**

Crónica de Hermann Bellinghausen

■ **¿TRANSFORMACIONES Y HORIZONTES?**

Ramón Vera-Herrera

■ **NARCOTRÁFICO EN TERRITORIOS INDÍGENAS AMAZÓNICOS**

Luis Hallazi

■ **NUEVA CONTRAINSURGENCIA EN GUATEMALA**

Kajkoj Máximo Ba Tiul

■ **EL TRABAJO EN LA ERA DE LA ESCLAVITUD DIGITAL**

Raúl Allain

■ **JORNALEROS DE GUERRERO EN LOS CAMPOS DE LA MUERTE**

Centro de Derechos Humanos de la Montaña Tlachinollan

■ **MILLI MITOTILLISTLI: BAILE DE LA MILPA EN CHIEPETEPEC**

Manuel Hernández ta Safi

■ **POETAS DE CARA AL SOL EN OAXACA**

Rodrigo Tadeo López López (zapoteco diixazá) / Jaime Santiago Santiago (ngiba, o chocholteco) / Ubaldo Matías Cayetano (zapoteco xhon) / Oscar García Margarito (mazateco)

■ **ÄPTYĖKÄM / CASA DE LOS ABUELOS**

Juventino Santiago Jiménez

■ **TU'UN NA NIKANA NIMA: PALABRAS DE LOS LLAMADORES DE DIFUNTOS**

Simitrio Guerrero Comonfort

■ **CALAVERA DE LOS ARMADILLOS DE SANTA CRUZ AYOTUXUCO**

Ignacio Villanueva

■ **MÁS QUE UN LEGADO**

Un cuento de María Elizabeth Sandoval Brunete

■ **SANCTORUM, UNA PELÍCULA EN TERRITORIO AYUUK**

Damián Martínez



Madrugada de la Catrina en Santísima Trinidad Chililico, Xochimilco, octubre de 2022. Foto: Hermann Bellinghausen

A diferencia de las verdaderas guerras (las guerras-guerras), la mortandad múltiple por violencia que aqueja a México no ha llevado a la población, y menos a las organizaciones sociales independientes, al adormecimiento numérico. Aquella perversión inflacionaria que describió Elias Canetti en *Masa y poder*: la trivialización del número. Puede ser el precio de las cosas, pueden ser las vidas humanas, las hectáreas de bosques incendiadas. Con ello se veló la muerte de los prescindibles en el Holocausto. Borrados. Como si no hubieran existido.

La enfermedad moral del fascismo inicial inventó el moderno método de la "desaparición" y ya se estaba saliendo con la suya. Nadie parecía llevar la cuenta. Esto no ha permeado a México, ni siquiera ahora. Por más que cantemos que la vida no vale nada, bien que vale. Sobre todo la de las personas nuestras, que nos importan, las que amamos. No pueden "desaparecer". Están en alguna parte.

Nada más desagarrador que las personas buscadoras de sus gentes, esa dedicación indeseada de tantas mexicanas y mexicanos. En soledad, invisibles para las autoridades, consideradas una amenaza por el crimen organizado.

En las pletóricas celebraciones del más reciente Día de los Muertos, no dejó de resonar la voz de quienes buscan a sus desaparecidos, lloran a sus muertos en la violencia y la inhumanidad de estos días, reclaman la justicia que no les dan. Del mismo modo que el clamor por los 43 muchachos de Ayotzinapa de plano no se apaga, grupos de familiares y amistades de los ausentes marchan por las calles, recorren comisarías y albergues, peinan baldíos,

tiraderos y barrancas. Cuántas veces poniendo en riesgo su propia vida.

Los recordatorios del horror no se limitan a los aniversarios, son constantes. Las Abejas de Acteal, por ejemplo, rememoran la masacre de 1997 y demandan justicia no sólo el 22 de diciembre, sino el día 22 de cada mes. En unas semanas, como sea, se cumplirán 25 años de ese crimen de Estado ocurrido en Chenalhó, Chiapas. Ni perdón ni olvido: justicia.

La tradición indígena y popular alimenta la fuerza espiritual de la memoria de los difuntos.

Esta fiesta y esta concepción cultural es uno de los tesoros nacionales que siguen aportando los pueblos originarios a esta Nación. Por sobre la resignación y la tristeza, los vivos comen, beben, hacen fiesta y se dan por muertos de guasa en las "calaveras".

Pero ante las tragedias oponen la rabia, la protesta y el reclamo se entretujan con la celebración de noviembre.

La muerte humana es natural. Pero los feminicidios, las ejecuciones, las emboscadas, las masacres, son contranatura y deben cesar. Lo mismo las desapariciones y las amenazas. Sólo así habrá paz en las calles y en los corazones ■

CALAVERA A LOS ARMADILLOS DE SANTA CRUZ AYOTUXCO

Ignacio Villanueva

Estaban los Armadillos: Don Isma, Pili,

Carlos, Dianita, Edwin, Tisha, Luis, Alondra, Miguel el Keniano, Blanquita, Geras, Sandra y demás atletas.

Poniendo la ofrenda del Día de Muertos, *pus* no querían que sus muertitos a medianoche les fueran a jalar los pies; a la par, esperaban ansiosos la carrera de los fieles difuntos en la víspera de Todos Santos.

Mientras llegaba la hora del "disparo de salida" comentaban las noticias falsas del día que los medios mentirosos emitían y que a corredores también confundirían.

De repente apareció un mensaje en sus guaridas: "Cambio de ruta, 10 km en pavimento y montaña, rumbo a ultratumba, carrera tradicional del espanto la que anhelaban tanto".

Mas no firmaba el entrenador Kevin Barman, ni el ánimo de la corredora risueña Judith; era la Catrina que quería celebrar su santo, con todas y todos los Armadillos, allá en el camposanto.

Atentamente: el corazón que sueña y vive.

Xochicuautila, Estado de México, 31 de octubre de 2022

umbra

La Jornada

Directora General: Carmen Lira Saade
Publicidad: Marco Hinojosa
Arte y Diseño: Francisco García Noriega

Ojarasca en La Jornada

Dirección: Hermann Bellinghausen
Coordinación editorial: Ramón Vera-Herrera
Edición: Gloria Muñoz Ramírez
Caligrafía: Carolina de la Peña (1972-2018)
Diseño: Marga Peña
Logística y producción: Ligia García Villajuana
Retoque fotográfico: Ricardo Flores
Corrección: Héctor Peña
Versión en Internet: Daniel Sandoval

Ojarasca

Ojarasca en La Jornada es una publicación mensual editada por DEMOS, Desarrollo de Medios, SA de CV. Av. Cuauhtémoc 1236, Col. Santa Cruz Atoyac, delegación Benito Juárez, CP. 03310, México DF. Teléfono: 9183 0300 y 9183 0400. El contenido de los textos firmados es responsabilidad de los autores, y los que no, de los editores. Se autoriza la reproducción parcial o total de los materiales incluidos en Ojarasca, siempre y cuando se cite la fuente y el autor. ISSN: 0188-6592. Certificado de licitud de título: 6372, del 12 de agosto de 1992. Certificado de licitud de contenido: 5052. Reserva de título de la Dirección General del Derecho de Autor: 515-93. Registro provisional de Sepomex: 056-93. No se responde por materiales no solicitados.

Editado en Demos Desarrollo de Medios S.A. de C.V., Avenida Cuauhtémoc 1236, Colonia Santa Cruz Atoyac, C.P. 03310, México, DF.
suplementojarasca@gmail.com



POETAS DE CARA AL SOL EN OAXACA



Poemas incluidos en *Poetas de cara al sol*, antología en lenguas originarias compilada por Esteban Ríos Cruz a partir de la producción del Taller de Creación Poética en Lenguas de Oaxaca “Ca neza xti’ didxayé / Los caminos de la palabra florida” (CaSa Centro de Artes de San Agustín, Oaxaca, 2022).



Ozumbilla, Estado de México, octubre de 2022. Foto: Mario Olarte

Rodrigo Tadeo López López, *Lólo* (diidxazá)

GUENDARIANDA

Rizaya’ neza yooba’
Lade ca ni guladxinu ra guendarusiaanda’
Rucaaridxe’ lalú’ ndaani’ na’ bi
Huado’ ricabi naa, casi ti gudhiu
Ndaani’ bezalua’ rindani ti nisadó’
Ca dxi qui ruzugua dxi
Chi gunda lalú’ caa lu ti yaga diuxi
Ne ca guielúa’ sianda’ guendastube’.

GUENDAZI’

Guendaguti ribee lú casi ti bí’cu’ stubi
Guendahuará riuu casi gupa sti’ guiigu’
Guendanabani riniibi xhíaa casi ti bacuzaguí nayati
Guendanandá’ ruxooñe’ neza guiá’ casi ti bereguidxa
Guendarati ridxiña casi ti bigu ora ribigueta ra yuxi gule
Guendaribana’ gui’di’ casi yudé, casi guendarusiguii.

SANACIÓN

Camino por el reino de los muertos
entre los desterrados al olvido
grito tu nombre por los brazos del viento
y el silencio responde como un cuchillo
de mis ojos brotan mares de cristal:
no hay armisticio para el tiempo,
rezaré tu nombre tatuado en una cruz
y mis ojos sanarán de la soledad.

MISERIA

La muerte se asoma como un perro solitario
La dolencia se adentra como humedad de río
La vida aletea como luciérnaga marchita
El calor huye hacia el norte como ave desquiciada
La agonía se acerca como tortuga a su primer hogar
La nostalgia se impregna como polvo, como engaño.

RODRIGO TADEO LÓPEZ LÓPEZ, conocido como *Lólo*, nació en Juchitán de Zaragoza, Oaxaca. Licenciado en Historia, ha tenido como mentores a Natalia Toledo, Víctor Cata, Irma Pineda y Esteban Ríos Cruz, cuatro de los principales autores en el zapoteco del Istmo de Tehuantepec. Tras el terremoto de 2017 impartió el taller “Nabaninu/estamos vivos” para acercar en el canto y la poesía en diidxazá/zapoteco a niños y niñas damnificados, en la cocina comunitaria del Callejón Marte.



La cosecha de cempasúchil en los humedales de Xochimilco, octubre 2022. Foto: Mario Olarte

Jaime Santiago Santiago (ngiba, o chocolteca)

EL CORRECAMINOS

Nlle kallua daxre dukaari

gitcheri ixra sa Hornilla, daji ixra nlle Barredor
ku sa kukuba nu neña sa ndaxritunñi.
Urxítun toriba ixra tchinga,
nlle tso'on ni chua ndllalla garabato
na pedernal nlle kaxrema.
Une duka ni ixra sa bikuri
nu icha nllí, ni incha jña.

De los matorrales asoma ligero,

subiendo por la Hornilla, bajando por el Barredor
con su cabeza y plumaje de gallo granizo.
El correcaminos es animal que corre,
en la sombra se vuelve espino de garabato,
a veces pedernal en la hojarasca.
Sin prisa se para a mirarte
y más allá, es efímero monte.

EN EL CAMINO

Nlle xö ngu nué gatse desgranado

Martha xrua nlle ndaxre nlle ndllaxinda ku sa nchida.
Tiaze nlle kallua nlle damengá
di ndate sa kuku ku ndako.
Xree nlle gitochri,
Gitallà sa koö nlle ngune rxírju.
Tee ngu taanue nlle natxriña ixre tunuxria cua xagaxi.
Nlle nlliate,
ngu jña sa nji, ngu ngaargi.
Ta sua gitochri sa nunde,
tori ngu rxiniñajü aguijón jáseku

El sol es una mazorca roja desgranada.

Martha regresa del pozo del sabino con el cántaro.
Entre los tules, en el recodo,
se moja la cabeza con agua de la hondura.
Antes de subir la cuesta,
acaricia su vientre de medialuna,
canta una canción de la abuela que aprendió de niña.
En el camino,
un monte a lo lejos, un cielo infinito.
El calor sube de la tierra,
es un alacrán de aguijón alzado.

JAIME SANTIAGO SANTIAGO (Teotongo, Oaxaca, 1964) actualmente está aprendiendo la lengua ngiba (en peligro de extinción) de la región Chocholteca. Ha publicado poemas en *Bitácora* (revista de la Fábrica de Artes y Oficios de Oriente), *La Jornada* (Isocronías y Suplemento *Ojarasca* 271), *Papeles de Mancuspia* 108, y en la antología *Máscaras de polvo* (Ediciones Camaleón).

Ubaldo Matías Cayetano (zapoteco xhon)

DEE NHEZ BENE

Lhill bene yell chkachho to bee nllalh
nllalh nhak to da chhak che bene nhita
nhita bene to yell ga chllashe
chllash bene yashe
yashe bene chhelhllash yell zito
zito nhak da chelenhenhe yedyeyake
yedyeyake yell chie toshi nha yelhyezolhawe
yelhyezolhawe yelonhe toliz zjake zeyake.

MIGRACIÓN

En el hogar del pueblo reina un aire raro
raro es un sentimiento de sus moradores
moradores de la comunidad migratoria
migratoria es la vida de los pobres
pobres de los que se van a lugares lejanos
lejanos son los sueños de volver
volver a la tierra un tiempo, para repetir
repetir el ciclo eterno de ir y venir.

UBALDO MATÍAS CAYETANO, originario de Solaga, Villa Alta, Oaxaca. Escribe en zapoteco de la Sierra Norte (xhon).



Juegos de agua, CDMX, 2022. Foto: Guillermo Bellinghausen Zinser

Óscar García Margarito (mazateco)

'Yani an

T'anangi'an,
ndijua'e tsi kjimachjenna
Tuxi tjuts'en ngasundeñá.
Xújí tejña'an, tu jmani tsu'ba'an
Xiku tjiaun'e ndachakun.
Tsa'an ngieje nitjin
Tangá fichu nitjin nga chaja'an
Asen'e sa ku nitjen'an
S'échja xkún'an
ku tejña tsé'an.

Quién soy

Soy tierra que necesita la lluvia
para que brote la existencia.
Soy una corriente embravecida,
soy las olas de un inquieto mar.
Soy dueño del tiempo
y a la vez un último aliento.
Luz de luna y tinieblas.
Soy un parpadeo,
soy la eternidad.

ÓSCAR GARCÍA MARGARITO, originario de Cosolapa Caracol, San Miguel Soyaltepec, Oaxaca. Escribe en mazateco de San Miguel Soyaltepec.



Cementerio de Santa María Tlahuitoltepec, Oaxaca, noviembre de 2022. Foto: Damián Martínez

TU'UN NA NIKANA NIMA: PALABRAS DE LOS LLAMADORES DE DIFUNTOS

SIMITRIO GUERRERO COMONFORT

En la mayoría de los pueblos ñuu savi de la Montaña de Guerrero, las personas suben a sus cerros sagrados la noche del 27 de octubre de cada año para llamar y recibir a sus familiares ya fallecidos y con estas palabras de llamamiento:

En esta gran hora, de este importante día, y con mucho respeto, llamamos a las ánimas de nuestros ancestros, abuelas, abuelos, nuestras madres, padres, nuestros familiares, los que cuidaron nuestra tierra, los que defendieron nuestro pueblo, los que fundaron nuestra comunidad, a la partera que nos recibió en esta vida, los que nos curaban, los que nos vieron crecer, llamamos también a quienes en algún momento compartieron con nosotros,

a todos los que se nos han adelantado, sean hombres, sean mujeres, sean niños, niñas, jóvenes y a los principales.

Llamamos a todos los de nuestro pueblo, a todos nuestros conocidos, a todos los que algún día vinieron a la fiesta de nuestro pueblo, a quienes alguna vez tuvieron compadres o comadres en nuestra comunidad, a quienes fueron autoridades de nuestro pueblo, a los que fueron de la banda filarmónica, a quienes fueron *Na Nikuatí*, a quienes dieron servicio comunitario, a los abuelos mayores y abuelas mayores, cuyo nombre no nos acordamos, a quienes no llegamos a conocer, a quienes en algún momento saludamos, a quienes fueron *Na sina'a* maestros y maestras en nuestra comunidad, a los que fundaron nuestra comunidad, a quienes cuidaron nuestra lengua, a quienes protegieron nuestras costumbres, a quienes guiaban a la comunidad y a todos y todas las sabias que fueron y serán, nuestro consejo y maestros de la vida, llamamos también a todas y todos aquellos *Nima*, que nos alcanzan a escu-

char, a aquellos cuyos familiares ya no los recuerdan o que ya no los llaman, llamamos a quienes se perdieron en el camino, porque ya nos les alumbran el camino y nos les guían con *ita kuaan*.

A todas y a todos ustedes hermanos, familiares, amigas, amigos, conocidos y no conocidos los llamamos, porque hoy es su día, en esta hora y en este gran día, los llamamos a que en este breve tiempo convivan con nosotros y seamos felices por el reencuentro, y que siempre sepan que no los olvidamos, que mientras sigamos acá siempre los llevaremos en nuestra mente y corazones. A ustedes les pedimos que sean siempre nuestra protección, nuestro guía, y cuiden de nosotros y no permitan que el mal alcance nuestra comunidad.

Ka'ano koo inun ndo, xa'a ndí, ta kumaní to'on ka'an di xi'in ndo. Que en ustedes haya cabida para la comprensión y disculpa, si no encontramos las mejores palabras para comunicarnos con ustedes ■

¿TRANSFORMACIONES Y HORIZONTES?

RAMÓN VERA-HERRERA

El asesinato de los sacerdotes jesuitas Javier Mora y Javier Campos en junio de este año recrudeció las condiciones de por sí extremas en las que se encuentran las comunidades de la Sierra Tarahumara, pero en realidad las de todo el país.

No es solamente lo horrendo de los asesinatos sino la actitud de impunidad y permisividad que esto supone, al descalificar desde el gobierno incluso a la propia comunidad jesuita cuando se piden esclarecimientos y castigo a los culpables.

Si el asesinato de Samir Flores fue un primer escalón que la sociedad civil mexicana no esperaba, estos asesinatos vinieron a desencadenar avalanchas inesperadas de violencia en todas las regiones: en Chiapas, en Oaxaca, en Guerrero, en Michoacán, pero ahora notablemente en Guanajuato, que luce su joya macabra en Celaya, que resultó [ser la ciudad más violenta del mundo con 109 asesinatos por cada 100 mil habitantes, según nota de Swissinfo.ch](#). Y en innumerables sitios más.

Los desplazados internos crecen desmesuradamente, porque como dice Álvaro Salgado, la gente ya no quiere vivir así, y la pregunta es entonces, con el panorama más grande de violencia, despojo y devastación, qué nos toca reflexionar desde nuestra pequeñez individual y colectiva para alguna vez salir al paso de tanta iniquidad y tanta muerte, de tanto desamparo y orfandad. Y hay muchas respuestas que parecen diminutas, pero que más nos valdrá comenzar a ejercer o por lo menos reflexionar sobre ellas.

Aquí una retahíla de frases acumuladas, nada exhaustiva, que no pretende nada salvo que no se nos pasen estas consideraciones surgidas de mucha gente sabia, vieja y joven, de rendijas rurales y urbanas.

Primero que nada, comencemos a creer en nuestra autonomía (como me recordó hace poco Franco Viteri, de la comunidad de Sarayaku en la Amazonia ecuatoriana).

Tener la convicción de resolver por nuestros propios medios lo que más nos importa.

Que dejemos de juzgarnos con los criterios de quienes nos oprimen, como con toda claridad vio Frantz Fanon en su tiempo.

Reconstituirmos como centro único de nuestra experiencia: en qué encrucijadas nos encontramos con cada quién, como personas, como colectivos. Cuál es nuestra historia. “La reconstitución integral de las comunidades”, dice el Congreso Nacional Indígena.

Tenemos que abrir espacios de diálogo y entendimiento en todos los niveles.

Dejar de pensarnos solas, solos, y construir, en toda circunstancia, comunidad, colectivo, convivencia, mutualidad, resonancia, correspondencia.

Como bien pensaba Cortázar que pedía *El Principito* de Saint-Exupéry, ya no sólo mirarnos en los ojos del otro, de la otra, sino mirar juntos en una misma dirección.

Así, pensar en unirnos para enfrentar, con todo lo dicho y lo que no hemos dicho, lo que venga.

Pero siempre estar preparados para decir que NO. Decir que NO, la potestad de negarnos (anterior al derecho), es nuestra primera libertad, y la tendríamos que reivindicar vez tras vez.

Tenemos que darnos cuenta que sus consultas siempre buscan orillarnos a aceptar SUS proyectos, SUS planes, SUS programas, SU dinero.

Pero todo lo que nos comprometa a sus términos, lo que nos robe el sentido de lo que vivimos, será mejor rechazarlo,



Relevo de topiles en Santa María Tlahuitoltepec, Oaxaca, 2022. Foto: Damián Martínez

no entramparnos en algo que no tiene nuestros tiempos ni nuestra lógica y que nos termina orillando a cuestiones innobles.

Y es que el dinero no nos habla, nos grita, como bien dijo Bob Dylan.

Entonces cómo zafarnos de su lógica. Comenzando desde nuestro centro, desde nuestra casa, recuperar las luces más tempranas de lo que nos puede devolver a un punto en el mundo, a un punto en el día, desde donde nos reconozcamos cada quién. Y ese punto del día son las tareas cotidianas, las talachas, los quehaceres más pequeñitos, los detalles más fulgurantes, que nos exigen, casi en silencio, que los cumplamos.

Cada tarea, cada talacha, cada cuidado (que cada quien sabe, sea hombre o mujer, cuáles son esos detalles que tiene que cumplir) son las minucias mediante las cuales nuestro presente se puede ir salvando (como nos recuerda John Berger) y podemos reivindicarlo, reivindicarnos: poner el agua a calentar, hacer café, lavar los trastes de la noche, barrer el patio y hasta la calle (mi suegra por ejemplo sale a las 5 de la mañana a barrer la calle con sus vecinas, que tienen su club de “escoba-yoga”).

Pero puede ser darle de comer a las gallinas, a los conejos, a la gata Alitas, o el desayuno para la niña o niño que ya se baña para llegar a la escuela. O puede ser salir al monte a rejuntrar animales, o traer agua, o leña, o revisar el nivel de los manantiales, entender cómo va la milpa o preparar al bebé para dejarlo encargado para irnos al mal pagado empleo en los campos de labor.

Aún ahí, nuestra posibilidad de autonomía, presente y futura, yace en la noción de ser cada quién desde nuestra experiencia. Somos únicos, únicas, insustituibles. Nadie ha mirado como nosotros. Ése es el fundamento de nuestra autonomía.

Pero ser únicos, únicas, no es sinónimo de estar solos, solas. La gente que piensa que puede entender todo sola, que puede resolver todo sola, comienza a darle cuerda a sus propios miedos, a sus propias sombras. Y como dijera Canetti, la paranoia comienza donde termina el diálogo. Tenemos que escucharnos mutuamente.

Ya lo dijo Emeterio Torres, marakame cantador de san Andrés Cohamiata (Tateikié): “sólo entre todos sabemos todo”.

Mucha gente a lo largo del camino de la historia nos dice que es buen camino construir saber en colectivo. Siempre lo hacemos, es un proceso inescapable, pero ahora es crucial reivindicar esa construcción colectiva abiertamente.

Así tal vez nos podremos zafar de la condescendencia de que “capacitamos o nos capacitan”. Buscar la amistad y el cariño —y no la sumisión y la imposición que siempre son

mediaciones, intromisiones.

Decían los sufíes que la mejor relación maestro-alumno es aquella donde no sabemos quién es quién.

Y todo lo anterior es en realidad un universo de interrogantes. Porque no existe la certidumbre de los datos. Éstos nos asoman. Nos cotejan. Pero nuestra mirada sólo abarcará la complejidad cuando pongamos a equilibrar las certezas y el misterio.

Aceptar la incertidumbre. Lo que no sabemos nombrar tal vez nos haga fluir, darle vuelta a las supuestas certezas.

Cómo entonces situarnos. Tal vez recuperando nuestra relación con lo sagrado, con lo innombrable, con nuestra voluntad para dar pasos sobre lo que no conocemos.

En lo concreto requerimos defender nuestras semillas nativas. Negarnos a la privatización de nuestras semillas y que nos quiten la posibilidad (incluso legal) de guardarlas, compartirlas y sobre todo reproducirlas.

No podemos permitir que nos arranquen de nuestros territorios. Tenemos que negarnos a que nos erosionen nuestras estrategias y saberes; negarnos a la deshabilitación que nos imponen. Sacudirnos de la normalización que hace que ya no reconozcamos lo que nos imponen y nos debilitan.

Es cada vez más urgente entonces defender nuestros ámbitos de comunidad: el lenguaje, el agua, las semillas, la partería, la custodia de la vida que viene. Ésas son nuestras luchas inescapables, imprescindibles.

Reivindicar quienes somos implica reconocer nuestra potencialidad en lo que no hemos dicho, lo que nos falta por hacer, como lo ha dicho Clarice Lispector.

La violencia en avalancha busca impedirnos todo esto de golpe, en un manotazo. La violencia es el horror puesto a operar para arrancarnos de nuestro tejido de vida. La violencia trunca todo.

Y en cambio queremos mirar los interminables tejidos de la vida, porque hay tejidos de relaciones en todo lo que hacemos. Para eso tenemos que recuperar la mirada fluida, corpórea, lo puesto en común que configura el horizonte. Rómulo González Rebollar, mazahua viejo, decía: “el horizonte es una orilla que no tiene fin” ■

Parte de este escrito fue presentado en la plenaria final del Cuarto Congreso Latinoamericano de Ecología Política en Quito, Ecuador, en octubre de este año.

DON SALOMÓN ORTIZ

ROSTRO Y VOZ DE LA CONCIENCIA CHATINA

JUAN CARLOS MARTÍNEZ PRADO

Acientos de kilómetros de una biblioteca bien equipada y alejado de la vida digital que caracteriza a las ciudades, don Salomón Ortiz parece saber algunas cosas fundamentales. Sabe que la modernidad le ha robado al mundo la mirada incisiva acerca de la historia. Que las nuevas generaciones navegan a ciegas por el océano de la información inmediata. Que no hay que repetir como pericos los engaños del libre mercado. Reflexivo, afirma que hay que defender la tierra sobre todas las cosas y advierte el daño irreversible que han producido los químicos en el suelo y en el alma del hombre.

Desde los bosques nubosos de la Sierra Madre del Sur de Oaxaca, don Salomón se pregunta cosas que los medios tradicionales creen que sólo interesan a los blancos. Cuestiona la escasa disposición de los gobiernos que no dirigen sus esfuerzos para procurar la salud, la paz y la justicia a pesar de las guerras, las pandemias y las hambrunas.

Este pensador de las montañas fuma relajado los cigarrillos que forja con hojas de totemostle. Desde las bolas de humo que exhala, intuye que la debacle del planeta es responsabilidad de los grandes capitales que han reducido a la humanidad a la categoría de mercancía para seguir manteniéndola bajo su dominio.

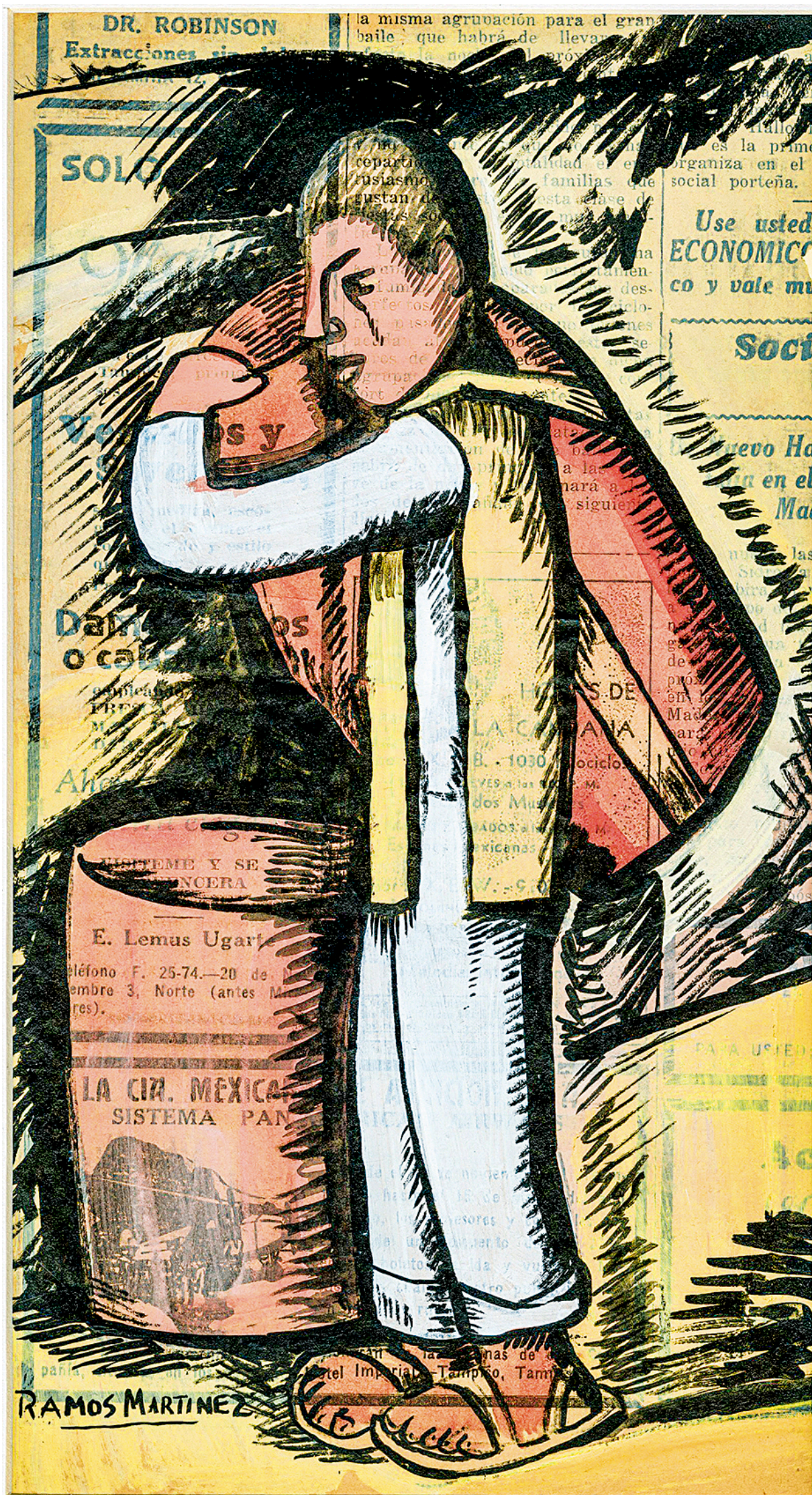
Considerado por su comunidad chatina como uno de los últimos patriarcas, a sus ochenta y siete años don Salomón, sin embargo, se siente solo. No tiene con quién hablar, dice, acerca de los asuntos que aún le preocupan: la política y el entramado social de su pueblo. Para él la política escapa del marco teórico y su ejercicio sirve sólo si el ser humano es capaz de deshacerse de la envidia, la soberbia y el egoísmo y está dispuesto a ponerse al servicio de los demás.

En un mundo atrapado por el hedonismo de las redes sociales y la quimera televisiva, es inimaginable encontrarse con estas acepciones en lugares tan remotos como Rancho Nuevo, una comunidad que no rebasa los ciento cincuenta habitantes, enclavada en una de las zonas más apartadas de la Sierra Madre del Sur, a la que se accede por una angosta y accidentada carretera de tierra, después de un recorrido de cinco horas desde Puerto Escondido.

Don Salomón es sin duda uno de los rostros que reivindica la erudición y resistencia de los pueblos originarios de México. En su juventud, fue un hombre solidario hasta que el peso de los años mermó sus fuerzas. Sirvió como autoridad de su pueblo durante largos periodos sin percibir salario alguno, de acuerdo a las costumbres que rigen la vida rural en Oaxaca. Desde muy joven aprendió albañilería, actividad que combinó con su trabajo de traductor en el ahora extinto Instituto Nacional Indigenista (INI). Al igual que varias generaciones suyas, sembró maíz y frijol en las laderas escarpadas de los cerros para dar de comer a su familia y contribuir con los festejos patronales de su comunidad. Pero, sobre todo, don Salomón cultivó desde esas épocas el espíritu crítico para defender incansablemente los intereses comunales y tender su mano a los avecindados.

Para este viejo campesino el acto de conversar significa una veneración. Su fluidez proviene de esa tierra fecunda que marcó la vida de los pueblos indígenas. El pueblo chatino es considerado una de las primeras tribus que habitaron el suroeste de Oaxaca. Su nombre antiguo, Kitse Chatnio, se traduce como "trabajo de las palabras" y su lengua y cultura tuvieron una fuerte presencia entre el Pacífico y la Sierra Ma-

PASA A LA PÁGINA 9 ►



Acuarela sobre papel periódico de Alfredo Ramos Martínez, sin fecha. Colección Ojarasca

dre del Sur desde el año 800 a.C. Vestigios de su influencia han sido encontrados entre Río Verde y Puerto Escondido en las localidades de Nopala, Juquila, Manialtepec y Chila, según Liliana Gómez Montes, historiadora e investigadora de la Universidad del Mar en Huatulco.

Para llegar a Rancho Nuevo viajo en la parte trasera de una Nissan que resiste los rigores de una carretera serpenteante. Carlos Fuentes Santos conduce con la misma pericia con que caza cocodrilos y difunde la cultura afrodescendiente en las zonas lacustres de la costa oaxaqueña. Bruno, su pequeño hijo, duerme en los brazos de Verónica, su madre, y sueña el futuro desde la rendija en que se asoman los pliegues de robustas montañas.

En Tataltepec de Valdez dejamos atrás el asfalto y nos internamos por un paisaje arborescente de altos pinos y cascadas crepitantes. Antes de llegar a nuestro destino, remontamos montañas y precipicios por veredas severamente afectadas por las últimas lluvias de agosto. Dos o más veces hemos de bajarnos del vehículo para colocar piedras sobre el camino enfangado y reanudar nuestro viaje. Recorreremos la misma ruta de antiguas migraciones que obligadas al destierro subieron a las montañas para evitar a los asentamientos españoles de finales del siglo XVI y preservar el conocimiento. Y aunque hasta aquí los vino a alcanzar la cruz y la espada, en esta sierra exuberante permanece aún encendida la llama de una epistemología ancestral, tan urgente en estos tiempos en que la concepción del desarrollo, asociada a la extracción y al dinero financiero, encamina al mundo al desastre.

La idea de escribir sobre don Salomón surgió a raíz de la invitación de Fuentes Santos para visitar a sus suegros en la Sierra. Además, tenía curiosidad de acercarme a los misterios de la cultura chatina, después de un año y medio de haber dejado Ciudad Juárez, una de las más activas fronteras mexicanas, y haberme instalado en Bajos de Chila, un pequeño pueblo costero aledaño a Puerto Escondido.

En vísperas del viaje conversé con Pablo, mi hijo mayor, sobre decolonialidad, un tema que me transportaba a la portada de *Imágenes del Espíritu* de Graciela Iturbide, que muestra a un viejo campesino vestido de manta, sombrero de paja y un morral de itxle a la espalda. Parado ante la cámara, como si esperara los disparos fatales de un pelotón de fusilamiento, el hombre —cargando a cuestras todo el peso del abandono— es fotografiado delante de una pared de la que cuelgan los retratos de Miguel Hidalgo, José María Morelos y Pavón, Leona Vicario y Agustín Iturbide. Es de suponer que Iturbide nombró la foto *Héroes de la patria* en alusión al olvido de esos miles de campesinos sin nombre que la narrativa oficial ha borrado de la historia y a quienes ni la Independencia ni la Revolución hicieron justicia.

A mi llegada a Rancho Nuevo, las imágenes de Iturbide me seguían persiguiendo, y la entrevista con don Salomón me confirmó que la riqueza de Oaxaca sigue viva gracias a las grandes aportaciones de sus pueblos indígenas y afrodescendientes. Hay suficiente información en museos, archivos y bibliotecas acerca de las contribuciones de los pueblos indios en el campo de la democracia, la autonomía y la conservación de la naturaleza para negar su relevancia. A mi regreso a Puerto Escondido, en una fiesta de clase media, comprobé que los mestizos piensan lo contrario. Entre mezcales aparecieron de manera paulatina, pero constante, los “pinches indios”, los “parecen animales” y los “pinches bajados del cerro”.

Al hablar con algunos de los asistentes sobre mi viaje y hallazgos en Rancho Nuevo, el silencio no fue la excepción. Muchos respingaron cuando expresé que me parecía inadmisibles que el gobierno estatal organizara la Guelaguetza con el fin de promocionar a Oaxaca y sus tradiciones indígenas en el ámbito turístico, mientras una buena parte de las comunidades permanecían en el abandono. Expresé que en todo caso ese festival debía convertirse en un altoparlante que ayudara a derrumbar la narrativa oficial y contara la verdadera historia de marginación y despojo a la que han sido sometidos los pueblos de Oaxaca desde hace siglos.



Don Salomón Ortiz, voz de la memoria chatina. Foto: Juan Carlos Martínez Prado

Desde las primeras décadas posteriores a la invasión española, el sarampión y la viruela abatieron al pueblo chatino. Durante el virreinato, este pueblo quedó marginado de los beneficios del cultivo de la grana que los españoles incentivarían en otras comunidades indígenas para su exportación a Europa. En las partes altas de la costa oaxaqueña y sumidos en la miseria, a los chatinos la independencia mexicana les pasó de noche. No obtuvieron ningún beneficio de la separación institucional de México de la corona española en 1821. Todo lo contrario. Su situación de pobreza aumentó años después con el decreto de las Leyes de Reforma, mediante el cual el gobierno mexicano confiscó grandes extensiones de sus tierras. Durante el porfiriato se incentivó el cultivo del café en el sureste mexicano para aprovechar el incremento de su precio en el mercado europeo. El aumento de la producción del grano derivó en una mayor explotación hacia las comunidades indígenas que morían de hambre y de enfermedades curables mientras los hacendados se enriquecían. Entre 1875 y 1896, el pueblo chatino se sublevó tres veces, pero su alzamiento fue ferozmente reprimido por las fuerzas del gobierno y las huestes de los latifundistas. En el periodo revolucionario, algunos integrantes de la comunidad se sumaron a las filas de Emiliano Zapata. No fue sino hasta la década de los cincuenta cuando el gobierno federal promovió el cultivo del café en tierras chatinas, lo que aminoró el sufrimiento. Para Silvia Bazúa, de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, los chatinos han sido un grupo orgulloso de sus tradiciones. Siempre lucharon en contra de los poderes que los tenían dominados, según cuenta en su libro *Los Chatinos* (INI, 1982).

Desde que llegamos a Rancho Nuevo la mesa estaba servida. Mientras Juan Luis y su amigo Tomás matan un novillo para la fiesta en honor de Adela, una joven recién graduada de maestra, la conversación toma su curso. Hablamos de varios temas. El clima, los químicos, la guerra, la alimentación.

Don Salomón no duda en replantear el asunto de la política. Afirma que para servir al pueblo es necesario dejar a un lado la envidia y la soberbia. Sólo así se puede poner uno “al servicio de los demás”. En el tema de la modernidad tiene un punto. Hasta ahora no vemos para qué sirve. Sólo le ha quitado fuerza a la tradición, nada más, dice. El tema fuerte que tratamos será el del autogobierno que la mayor parte de municipios oaxaqueños han escogido como medio para administrarse: 478 ayuntamientos de 571 operan bajo esta modalidad.

Don Salomón coincide en que la manera indígena es más democrática en cuanto a la forma en que se eligen a las autoridades. A diferencia de los gobiernos emanados de los partidos políticos, los usos y costumbres nutren la vida participativa de las comunidades y alientan su carácter autogestivo y asambleario. Don Salomón relaciona esta forma indígena de autogobierno con el “mandar obedeciendo”, que busca alejarse del autoritarismo clásico de otras formas de gobierno.

Reconocidos por el derecho positivo en Oaxaca de manera tardía, el autogobierno es un modo de organización usado de facto por los pueblos originarios de Oaxaca y el sureste mexicano desde hace cientos de años.

No es casual que en 1994 el levantamiento zapatista en Chiapas reivindicara la autonomía de los pueblos indígenas como una de sus demandas sustanciales en la mesa de negociaciones con el gobierno mexicano. Los alzados sabían que la demanda por la autonomía significaba la esencia de la lucha histórica en contra del despojo de sus territorios.

El 1 de enero de 1994, el mundo despertó con la noticia de que cientos de indígenas le habían declarado la guerra al gobierno en Chiapas. Bajo el estandarte de Emiliano Zapata y las armas en la mano, los alzados demandaban tierra, democracia, justicia y libertad. Mediante un discurso fresco y metafórico, que cautivaría a millones de jóvenes en el mundo, la revuelta zapatista dejaba atrás la encorsetada narrativa marxista e insertaba en la agenda nacional la discusión sobre

la autonomía y los derechos culturales de los pueblos originarios del país. El momento era inédito, así como incuestionables sus causas. La rebelión se produjo en el contexto de una apertura del país al libre mercado y su salto inverosímil al primer mundo en el que paradójicamente “diez millones de indígenas vivían cercanos al neolítico”, señalaría Juan Villoro, un escritor afín a las causas altermundistas.

Don Salomón supo del zapatismo chiapaneco, pero ahora desconoce el curso de ese movimiento, que en los últimos años ha ignorado al gobierno para seguir reconstituyendo sus pueblos autónomos lejos de los reflectores. Pese a que Ernesto Zedillo se negó en 1995 a cumplir con los Acuerdos de San Andrés, que reconocían la autonomía indígena, Oaxaca sería de los pocos estados en el país que reportó ciertos avances en su legislación al reconocer algunos derechos de los pueblos indios.

En 1997, tres años después del levantamiento en Chiapas, el Congreso de Oaxaca aprobó enmiendas en las que se reconocían “las tradiciones y prácticas democráticas de las poblaciones indígenas”. En ese año, el Instituto Electoral de la entidad publicó un catálogo de intenciones en el que se observa que “ninguna decisión de la autoridad podía tomarse sin consultar a la asamblea” y concluía que “la delegación del mandato no está basada en interpretar los intereses del pueblo sino en hacer exactamente lo que el pueblo le encomienda”.

Don Salomón desconoce los antecedentes legales, pero su habilidad intuitiva le permite aterrizarlos a la realidad. Para hombres honrados como él, no hay más. Sabe que el ejercicio de la política sirve para hacer lo que el pueblo manda y no para satisfacer los intereses de “unos cuantos”.

“Mucha gente aquí no cree en los partidos políticos ni les tiene confianza”, dice cuando el tema discurre en torno a la corrupción que corroe los pilares de la administración pública. Razón no le falta. La desviación millonaria del erario al

bolsillo de funcionarios y políticos deshonestos es una práctica común en la burocracia mexicana y constituye uno de los mayores lastres que ha agravado el deterioro de la vida de las poblaciones más marginadas.

Sin embargo, don Salomón es optimista. Piensa que las cosas han mejorado en los últimos años. “Por primera vez en mucho tiempo en el gobierno al parecer hay más preocupación por la gente de abajo”.

En el mundo de don Salomón no sólo existe la política. Le preocupa la catástrofe climática por venir. Se estremece al saber que 42 millones de árboles son talados diariamente en el planeta y que México se encuentra entre los cinco países de América Latina con mayor deforestación.

Los alrededores de Rancho Nuevo, perteneciente al municipio de Santa Cruz Zenzontepec, distrito de Juquila, están plantados de altos pinos que conforman una rica biósfera y convierten a la zona en una reserva herbolaria no declarada. Sus pobladores, de mayoría chatina, preservan sus vínculos con la madre tierra. Y aunque ahora se come más carne de res que en épocas anteriores, la base de su alimentación sigue siendo maíz, frijol, café, calabaza, tomate, verdolaga, hongos y cientos de plantas cuyas propiedades nutritivas permanecen aún ocultas para los dietistas ciudadanos.

Atrás de su vivienda crece una planta mediana. Sus vecinos le llaman pie de gallo, por la forma de sus hojas. Se muele y se come en tacos como si fuera carne. El pie de gallo es una de las tantas plantas comestibles y de uso medicinal que se dan en los alrededores de la comunidad.

Para él, la variedad existente de hierbas da vida porque su pureza es parte de la naturaleza. En algún momento señala que los químicos llegaron con los caminos, y con éstos también llegaron las enfermedades. Atribuye a los aditamentos artificiales responsabilidad en la muerte de la naturaleza y el espíritu del hombre. Este campesino se refiere al desastre ecológico en momentos en que el planeta sufre uno de los mayores desequilibrios. A su edad, se sorprende de la maldad que se cierne sobre el planeta. Sabe de la guerra entre Rusia y Ura-

nia y le preocupa tanto como la contaminación de los cultivos. No entiende el afán mercantilista que expolia el trabajo de los campesinos que “dan de comer al mundo” y asegura que a la vida occidental le hace falta mucho humanismo.

Cultivar la tierra requiere gran esfuerzo. El trabajo del campo es “duro y matado”. Hasta Zenzontepec, uno de los centros de la actividad agrícola y ganadera de la región, no siempre llegaron a tiempo los apoyos para el campo. En esa zona, como en otras, la tierra está en riesgo de quedarse sin campesinos. No es un fenómeno exclusivo de México. Si los vaticinios de los economistas se cumplen, en menos de un siglo dejarán de existir los campesinos, según John Berger.

Cuando llegamos al tema de la pandemia del Covid-19, don Salomón dice que no afectó de gravedad a Rancho Nuevo y pueblos aledaños debido a su aislamiento. Su comunidad tuvo acceso tardío a la vacuna y algunos rechazaron inmunizarse debido a creencias ancestrales.

En algún momento de la conversación, don Salomón se asoma a uno de los precipicios. Pareciera ver al mundo ensancharse en el caos. Observa cómo las nubes bajan del cielo y copan los árboles de una de las montañas vecinas. Para él lo que está en riesgo no es sólo la existencia de los campesinos, sino de la humanidad. En esas espesuras, “yo sólo espero la muerte”, dice. Pase lo que pase, su legado ético es inmenso.

De regreso a Bajos de Chila, la música acompaña el silencio de los árboles. Preguntas que no hice encuentran respuesta en el murmullo del agua. Por el celular escucho la voz de Milán, que interpreta un corrido haciendo segunda a su abuelo. Es una noche cálida. Retornan las imágenes a mi cabeza: Juan Luis canta y toca el violín con el sentimiento de los hombres grandes de su pueblo. Adela sonríe, abre sus ojos grandes y enseña sus dientes blancos a la noche. En la sombra, Cristina, su madre, mueve los hilos de la orquesta para que la barbacoa vaya respirando el olor de la hoja de aguacate ■



Bosque de la Chinantla, Oaxaca. Foto: Elí García-Padilla



Joven Catrina, CDMX, noviembre de 2022. Foto: Guillermo Bellinghausen Zinser

MÁS QUE UN LEGADO

NUEVA NARRATIVA POBLANA

MARÍA ELIZABETH SANDOVAL BRUNETE

Subrayaba en mi calendario la fecha del tres de mayo, mientras recibía regaños por parte de mi madre por no apresurarme. Mi vestido blanco aún estaba impecable, pero ella insistía en que si seguía corriendo lo ensuciaría, así que me senté y vi cómo mi mamá alistaba todo para irnos. Sería un día largo, de eso estaba segura. Entró mi papá con la cruz que mi abuelo había estado haciendo días antes, recuerdo que lo estuve viendo desde que llegó con un pequeño tronco y lo sacaba al sol para que se secase, todos los días era lo mismo, hasta que un día le quitó la cáscara y con sus herramientas le daba la forma que él quería.

Me acerqué a la mesa a observar lo que mi papá hacía, tenía sobre la mesa las flores que por la mañana habíamos recogido de camino a traer agua, tomé una hortensia y le daba vueltas con mis dos manos, era divertido, su frescura hacía que girara y se extendiera. Enseguida mi padre se dio cuenta y me dijo que no jugara con las flores, que eran una ofrenda para la tierra, para que cuando nos tocara sembrar maíz, estuviera contenta y nos diera buenas cosechas. Me dejó ayudarlo, pusimos todas las flores y listones para que se viera inmensa. Me dio la cruz, y con ambas manos la sostuve mientras él ponía en el centro la cera que llevaríamos a la iglesia.

El sonido de algo cayendo me hizo voltear la cabeza rápidamente, dejé la cruz en un lugar seguro y a pasos apresurados llegué a la cocina, donde estaba mi mamá frente a la mesa con un montón de semillas. Acomodaba en una canasta todo, las semillas eran de varios colores: blanco, negro, amarillo, morado. Ponía montoncitos de maíz, frijol y calabaza, que había estado eligiendo en los días anteriores. Luego se acercó al altar en donde se encontraba un incensario, copal, velas y una botella con agua bendita, tomó unas cuantas flores para adornar. Y salió rápidamente, llamándome para que me diera prisa. La seguí, mi papá y mis hermanos ya nos esperaban.

Salimos con comida que había preparado mi mamá en la mañana, las flores, semillas y la cruz que ofreceríamos a la tierra. Nos dirigimos al pequeño cerrito, aquel al que siempre se acostumbraba a ir. Llegamos al camino en el que podías respirar la fragancia de los ocotes, y sentías la frialdad de la brisa, pues incluso si mirabas hacia arriba era difícil ver el cielo, los árboles no te lo permitían. Subimos y comencé a escuchar a los pajarillos, a las personas, seguí el paso y para cuando llegamos a la parte más alta me di cuenta de que no éramos los únicos, todo el pueblo estaba ahí, se escuchaban cuetes, estallido tras estallido, pero no paraba pues tan pronto como me di la vuelta los señores comenzaron a tocar un son, de esos que sólo se bailan en las ocasiones especiales.

El cura invitó a todos a acercarse, nos formamos en grandes hileras, pronto mi vista era obstruida por las personas, así que me pasé a la parte de enfrente para poder ver mejor. El cura tomó agua bendita e invitó a los demás a pasar, rociaba agua encima de las flores, de la cera, del maíz y las pequeñas cruces, mientras rezaba en voz alta y todos lo seguíamos en voz baja. En cuanto terminó, la gente comenzó a sacar su comida y compartían entre ellos muy felices lo que llevaban, las risas eran inigualables, los bailes eran apasionados, el cielo no tardó mucho en comenzar a nublarse, las personas se despidieron entre abrazos y buenos deseos. Mi padre se acercó a nosotros para informarnos que era hora de irnos, caminamos de regreso, aún con las semillas y la cruz.

Llegamos a donde la tierra estaba esperando para ser sembrada, mi padre se acercó al centro del terreno y colocó la cruz, nos acercamos para regar un poco de agua bendita en la tierra y poner las flores. Ahora ya podíamos sembrar la tierra, estaba muy feliz, ya que tendríamos buenas cosechas. Entonces mi mamá me tomó de las manos, me miró fijamente y se acercó a mí para decirme que eran tradiciones que no se tenían que perder, que ese era mi legado; y en ese momento abrí los ojos, pero estaba sola ■

MARÍA ELIZABETH SANDOVAL BRUNETE, originaria de Tepeixco, Zacatlán, Puebla. Actualmente cursa la Licenciatura en Lengua y Cultura en la Universidad Intercultural del Estado de Puebla.



Centootzin: Doncellas del maíz. Pintura de Griss Romero

DOS LENGUAS SON FRONTERAS

ANA MATÍAS RENDÓN

ADVERTENCIA: Este cuento es ficción, cualquier parecido con la realidad es pura y llana casualidad.

Existían tres tipos de ciudadano promedio. En realidad, había de otras clases que carecían de mayor incidencia. En todo caso, se les podía relegar con facilidad, sólo había que darles una dádiva para que pronto olvidaran las coyunturas que los hacían protestar.

Tres tipos, nada más. Los sátrapas que ejercían el poder, los calesineros que pululaban entre el deseo de opulencia y su preocupación por pagar las cuentas cotidianas y, por supuesto, la clase baja, los catetos, cuyo destino se explicaba en el trabajo constante. Zahir pertenecía a los últimos, pero tenía sus dudas, creía que todavía estaba en lo hondo de los abismos, ahí donde se puede dudar de la existencia.

El país estaba formado de un mestizaje muy común, tan característico del continente, entre los invasores a las tierras y los naturales. Por lo menos eso decían los libros de textos en los que Zahir había estudiado. Lo cierto era que entre ellos existían rencillas que poco se habían disimulado a lo largo de los siglos. Los naturales habían sido excluidos de los centros urbanos, los servicios y derechos; eran los conquistados, los pobres, los infelices.

Algunas aldeas habían conseguido sobrevivir aislándose entre las montañas o selvas. La cultura y lengua habían sido menguados con el tiempo. En los últimos años, en las ciudades, había un movimiento para recuperar las lenguas ancestrales. Los colonizadores habían planeado erradicarlas de mil formas, se habían empeñado tanto que muchos de los habitantes desconocían su existencia. Por el contrario, unos cuantos obstinados se habían negado a obedecer, enseñándolas y recuperándolas para los hijos. Pocas personas se habían preocupado de la manera en cómo se estaban revitalizando.

El Estado había organizado concursos, festivales, encuentros y actividades para apoyar la recuperación de las lenguas, vanagloriándose de una pluriculturalidad improbable de encontrar en la monotonía de los campesinos y obreros. [...] Era tal el hervidero sobre el valor de la cultura y la lengua que los ciudadanos estaban volcados en defender su identidad colectiva y, aquellos que, en un acto de sinceridad, tenían dudas sobre cuáles eran sus orígenes, preferían amparar la idea del mestizaje como la única identidad del país. Los mestizos en favor de los colonizados se habían aferrado a la idea de retomar sus raíces, aprendiendo la lengua y vistiendo ropas que imitaban a las tradicionales. Lo que era obvio eran los grupos en pugna, complejos de definir, aunque los discursos dijeran lo contrario.

Zahir le había dado varias vueltas a la misma idea. Examinaba con aplomo cuántos de los ciudadanos preocupados por la recuperación cultural aumentaban como la espuma. Los activistas que vociferaban sobre la importancia identitaria, al mismo tiempo, permitían la explotación de sus territo-

rios. Los sátrapas también se jactaban de una cultura colonizadora, disfrazada de buena voluntad, que los clasemedios respaldaban, dejando que la explotación se convirtiera en un discurso en favor del progreso.

Los medios de comunicación bombardeaban con las bondades del progreso y la civilización, pero Zahir sabía que la benevolencia estaba reservada para unos cuantos privilegiados; por el contrario, los que trabajaban para que la civilización se encumbrara vivían en la miseria. Y todavía peor, venía aquel asunto de la identidad. Zahir tuvo que abandonar el bachillerato, porque su madre había enfermado. Al mes su padre fue recortado de la fábrica, por esta razón el servicio médico fue suspendido y tuvieron que vérselas con sus propios medios para cubrir los gastos de salud.

Había una especie de velo sobre las situaciones reales que se vivían en la miseria y la sobrevivencia diaria; cuando se decía algo que podía afectar a uno o los dos bandos, se creía que se les estaba atacando, imposibilitando el diálogo. Zahir estaba atrapado justo en esa batalla discursiva muy rara, que robaba la atención de la sociedad.

Zahir era hijo de arrieros de la cultura guicabanú, todos sus ancestros habían sido descendientes de este pueblo milenario. Los signos de su cuerpo eran los propios de los naturales de estas tierras. Una piel que semejava la masa de barro con la que se elaboraban las casas de adobe. Sus padres tuvieron que abandonar el pueblo cuando fueron amenazados por el cacique que se adueñó de las mejores parcelas de cultivo. El padre había tenido un sinfín de ofi-

cios, pero al ser analfabeto se le dificultaba encontrar otros medios de sobrevivencia en donde le pidieran papeles de escuela. Su dominio de la lengua nacional era adecuado, si bien todavía conservaba un acento de su lengua materna, que en ocasiones lo enfrentaba a las burlas. La madre hablaba todavía menos la segunda lengua, rara vez salía de casa, se dedicaba al hogar y a lavar ropa ajena; con ello habían permitido que su hijo fuera a la escuela, pagar el transporte costoso, porque en el municipio los niveles medios y superiores brillaban por su ausencia, además de darle para los materiales, hasta que enfermó de cáncer y su situación empeoró. Zahir había escuchado entre los murmullos de su madre los renuentes de una lengua que le fue negada para evitar el rechazo de los calesineros y con ello asegurar una mejor suerte. Conocía, no obstante, la vida de un natural desarraigado y hundido en las pocas posibilidades de hallar su cometido en el progreso.

Los campesinos empobrecidos por el sistema, que los colocaba en el fondo de las desesperanzas, se habían asentado en uno de los terrenos irregulares afuera de la ciudad, en donde otras familias buscaban refugio. El terreno no era suyo, debían pagar renta, aunque eran tratados como paracaidistas. Los ciudadanos habían construido un muro para separarse de estos indeseables, de los que se suponía tenían como única alternativa la delincuencia, viviendo en semejantes condiciones. [...]

La última vez que Zahir estuvo en el pueblo fue bastante desagradable. Los pobladores se habían quejado de su presencia, a pesar de que no era ningún extraño; tal vez desconocía la lengua, pero comprendía la cultura. En varias temporadas de cosecha había ayudado a su padre y tío a trabajar. Las costumbres familiares las había seguido al pie de la letra. La desaprobación de los comuneros inició cuando el síndico le pidió que ayudara en la limpieza de las colindancias. El hijo del cacique levantó la queja en una asamblea para impedir que interviniera en las acciones comunales, porque eso sería dejar entrar a fulanos que habían crecido fuera de la comunidad. Alegaba que en los municipios cercanos se había visto

que eso traía grandes males, pues los licenciados y estudiantes venían a cambiarlo todo, luego se creían por encima de los campesinos.

Era cierto, Zahir había sido testigo de cómo los hijos de los que habían migrado a la ciudad querían modificar cada cosa que creían mal, traían sus teorías aprendidas en las escuelas, decían que lo hacían por amor a la comunidad, a sus orígenes; aunque tampoco sabían la lengua ni conocían las tradiciones o la historia oral, traían el cambio en contra del progreso con otras ideas civilizatorias. Zahir estuvo de acuerdo con la asamblea. Él respetaba la normatividad, porque su padre se la había enseñado. Zahir sabía que la palabra del hijo del cacique y otros principales estaba por encima de la suya, así que decidió jamás volver, porque pese a lo que pensaran, sí respaldaba la decisión.

Desde ese día pensaba en exceso sobre las formaciones y transformaciones del pueblo. Los caciques, como los principales, eran profesionistas, comerciantes o dueños de las mejores tierras, eran de tez clara, eran como los calesineros. Los guicabanús del color de la tierra seguían siendo campesinos y en su mayoría monolingües. El hijo del cacique, por ejemplo, podía pasar por un clasemediero si no fuera por sus ropas; era cierto que en su sangre corría sangre ancestral, pero era mestizo y había podido estudiar en la universidad con el apoyo de sus padres profesores y, ahora, se proclamaba como el gran poeta guicabanú. Zahir, por el contrario, se sentía despojado de la identidad cultural de sus padres y rechazado por los ciudadanos por la misma razón de ser un descendiente guicabanú, aunque ignorara la lengua. Zahir se sentía molesto con las circunstancias, por las injusticias que sus padres habían sufrido, al igual que lo estaba con ellos, por su inhabilidad para defender lo suyo.

*

Zahir se quedó analizando el páramo, las plantas silvestres se asomaban en los terrenos, también los tambos para guardar el agua que debían estar vacíos. Las puertas de las casas estaban sostenidas por una especie de inercia inexplicable. Miraba con detenimiento los nichos que hacían de conjuntos habitacionales. Las viviendas estaban muy pegadas. El colorido era lo único constante, producto del ingenio para improvisar casas. Dentro de lo que comprendía, sabía que estaba en mejores condiciones que otros, a quienes les faltaba todo, dormían sobre el suelo, dentro de una casa desamueblada o sobreviviendo con una triza de tortilla en el estómago.

Zahir caminó hacia el cementerio y se quedó sentado en una roca, observando en la lejanía. Comenzaba a oscurecer y los asistentes estaban apresurados para adornar las tumbas. Las personas venían de diferentes culturas, pero por alguna razón coincidían en conmemorar a los muertos a la usanza de los mestizos, afianzando lo nacional. Al joven le penetró un olor a podredumbre. El atardecer levantaba una especie de bruma en el basurero.

PASA A LA PÁGINA 14 ▶

**LOS CAMPESINOS
EMPOBRECIDOS POR
EL SISTEMA, QUE
LOS COLOCABA EN
EL FONDO DE LAS
DESESPERANZAS,
SE HABÍAN
ASENTADO EN UNO
DE LOS TERRENOS
IRREGULARES
AFUERA DE LA
CIUDAD**

Horizonte de la Montaña, Guerrero. Foto tomada del Facebook de Jaime García Leyva



El basurero estaba a lado del camposanto. El terreno del vertedero era plano como el resto de la colonia, sin embargo, el desperdicio formaba pendientes de distintos tamaños. No contentos con estar sin servicios, el basurero municipal estaba instalado cerca de las casas. Es cierto que los moradores contribuyeron a que fuera de este modo, porque antes el espacio estaba limpio; conforme se fueron asentando decidieron, por una especie de coincidencia, arrojar sus desechos ahí, lo cual empeoró cuando al Ayuntamiento le pareció buena idea y dio la orden para que los camiones dejaran las recolecciones de la ciudad.

Decenas de avecindados se dedicaban al reciclaje y la venta de materiales encontrados entre los montículos. El olor era soportable una parte del año, pues en época de calor se confundía con la pestilencia de las letrinas, convirtiéndose en el inframundo. Zahir se levantó y decidió ir a las orillas de la colonia para encontrar un teléfono público y hablar con sus padres.

En los límites con la ciudad, había una estatua de bronce de un héroe desconocido por la población, quizá era el nombre que para un intelectual o político lo haría sentirse orgulloso por sus logros; para los vecinos, era un total desconocido.

Zahir debía esperar media hora para que sus padres le contestaran. En la caseta telefónica del pueblo, el dependiente debía avisar a los parientes; el periodo de espera aumentaba en los días de muertos, pues la gente suspendía los trabajos. Zahir seguía sumido en sus reflexiones, absorto en la muralla que los separaba de los afincados con dinero. Las casas de los calesineros y los ricos estaban bardeadas, a ellos les encantaban los límites. Los clasemedieros gozaban de espacios con servicios y, en el mejor de los casos, con jardines. Los terrenos de las viviendas en la colonia, en cambio, estaban separados por piedras, pedazos de madera u otro elemento, lo que servía para organizar los espacios, como la zona para tender la ropa.

Zahir marcó el número, mientras el timbre sonaba, vio a lo lejos, a través de las rejas, a un padre en el patio de su casa que sostenía un saco de box y su hijo pequeño que se preparaba para golpearlo. Nadie contestaba. Seguro era por la comida de Todos Santos, pensó. Remarcó. Los timbrazos repitiéndose en el vacío. El niño golpeaba el saco muy concentrado en la tarea.

—¿Quién es?

—Quiero hablar con el señor Xhajó y la señora Imelda de la casa de Perú Mayor —la respuesta fue el ruido del teléfono siendo pasado a otro interlocutor.

—¿Qué pasó, hijo? —se escuchó el resoplo de alguien agitado—. Tus padres no llegaron.

—¿Cómo? —la respiración entrecortada por el miedo—, ¿qué dices, tío? Antier se fueron para allá.

—No hijo, pensé que se habían arrepentido o que tu mamá se había puesto mala.

El murmullo de los muertos podía filtrarse por el auricular. El adolescente sintió el frío del anochecer que serpenteaba por su nuca y espalda.

—Hijo, no hagas nada, voy a preguntar acá si alguien sabe algo, háblame al ratito.

—Sí, tío...

Zahir sintió que el aire le faltaba. La ciudad del otoño y la miseria comenzaba a rodearlo con insistencia. Echó a correr rumbo a su casa. Un apagón cubrió toda la colonia y las colonias aledañas. La noche sin estrellas ni luna dificultaba el camino. Zahir intentó orientarse por las miles de velas que alumbraban el camposanto. Ingresó a su casa, se puso una chamarra, buscó el dinero que sus padres tenían para emergencias y rebuscó entre sus pantalones en busca de una moneda.

Salió en busca de su mejor amigo. Tocó con desesperación la puerta de madera. Nadie. Corrió rumbo al panteón y se internó entre las hileras. Miles de velas estaban posadas sobre los pasillos y alrededor de los nichos y las cruces. Las tumbas tenían flores, alimentos y bebidas. A la distancia se percató del hermano mayor de Pedro, un hombre que era



Xilonen. Pintura de Griss Romero

muy alto y le faltaba una parte del cráneo del lado derecho. El gigante sostenía frente a su rostro una vela, semejante a un santo orando.

La ausencia de la luz eléctrica, sustituida por las velas, daba la bienvenida a los muertos que habían cruzado el umbral. Zahir se acercó a su amigo, quien sostenía las flores de los difuntos. Al escuchar su relato, su amigo fue en busca de sus progenitores. Después de unos minutos, regresó cabizbajo.

—Mis papás no me dejan ir contigo, dicen que debo cuidar a Jacinto —el rostro de Pedro estaba compungido—, desde el accidente ha quedado muy mal.

Zahir sintió como si lo hubieran traicionado, pero sabía que Jacinto estaba lisiado. La mitad del cráneo la había perdido en una pelea entre pandillas, el rival le había dado un batazo.

—Seguro no es nada, tus padres estarán bien —Pedro lo dijo esperando que fuera verdad.

Zahir dio media vuelta y echó de nueva cuenta a correr en dirección al teléfono público.

—Eso dicen, hijo, que a lo mejor fue la migra, porque bajaron a unos paisas junto con los migrantes, y dicen que a lo mejor allí iban tus padres. Awala, ¿la recuerdas?, la señora que vende el pan hasta arriba, en la otra capilla de la virgen, eso dice.

—Pero, ¿por qué se los llevaron?

La pregunta era retórica, el jovenzuelo lo sabía muy bien. Esos pelmazos de la migra no sabían distinguir a un guicabanú de un guicax, cuando se trataba de reportar a ilegales para sus jefes agarraban parejo.

—Ahorita la gente se niega a hablar, están con sus muertos, tú sabes cómo es esto, habla mañana, a lo mejor ya me dicen algo, tus primos también andan buscándolos.

Zahir aceptó, sólo que se encaminó a la central camio-

nera para tomar un autobús a la ciudad del estado federal y preguntar sobre los retenes y así saber en dónde confinaban a los detenidos.

El viaje para el pueblo era de catorce horas, primero debías arribar a la ciudad del estado federal, de ahí tomar otro camión que subiera a la zona montañosa. Al llegar, Zahir se dirigió a la camionera de tercera clase, destinada a dar servicio a las comunidades alejadas.

Estuvo preguntando, sin embargo, la información era muy vaga. Un agente le dijo que a los ilegales los trasladaban a la frontera para de ahí enviarlos a su país de origen.

—¡Mis padres son de este país! —exclamó Zahir con indignación.

—Como sea chaval, si se los llevaron, deberán estar allá y si comprobaron que son de acá, entonces ya los soltaron.

El adolescente se quedó en las afueras de la central, aguardando a saber qué hacer, luego se dirigió al teléfono público.

—Pues sí hijo, se los llevó la migra, me lo confirmó Pascual, que está seguro de que eran tus padres.

Zahir se redirigió a la central camionera para tomar un autobús hacia la frontera sur, con el anhelo de que sus progenitores estuvieran bien ■

ANA MATÍAS RENDÓN. Narradora. Ha escrito los libros de cuentos *Entreverados*, *Tiempos invisibles* e *Historias de transición*. A lo largo de su vida ha tenido más de sesenta empleos y ha vivido en otros tantos lugares, los cuales le han inspirado para escribir. Su página web es: <https://anamatiasrendon.com/> Este fragmento de cuento pertenece al libro *Entreverados* (Kumay, 2022).

GRITO DE PÁJAROS EN XOCHIMILCO

HERMANN BELLINGHAUSEN

Las aves lacustres de Xochimilco siguen sobrevividas no sé cómo. Por lo alto y lo bajo recorren los vastos canales de lagos que ya no existen. Señoríos, aldeas y pequeños reinos asomaron aquí dos milenios atrás de pies a cabeza en balsas, canoas y trajineras menos rápidas que los patos a nado. Donde fue asiento de la civilización cuauhilama, anterior al dominio azteca, flacas mugen hoy tristes vacas lecheras sobre las chinampas y se hunden hasta el vientre en lo que son estos lodos.

Hay un silencio. O varios.

De su fondo nacen cantos, gorgoros, cacareos, silbidos que graznan y exclaman, indiferentes a la lama y los lirios invasivos. Descansa la paz del suelo en la red de raíces de los dulces ahuejotes que parecen cipreses despeinados y crecen en los bordes y las orillas como diques para que las chinampas no se disuelvan.

Blancas alelías sobresalen de la generalidad de las varas de tule montadas en el agua que lame, pudre, fermenta, insemina, abona y mata las plantas, los seres y la tierra que nace muere incesante.

Temporada de Muertos. Las embarcaciones de los agricultores parecen jardines flotantes amarillos, atiborradas de cempasúchiles al por mayor. Aquí mero es donde nacen todo el año los millones de flores que ornamentan en lo posible la espantosa Ciudad de México, la que se devoró al lago.

En los extremos de Santísima Trinidad Chililico zarpamos con una catrina ojerosa, pintada y primorosamente vestida en la lancha satélite de la trajinera. Vamos en pos de la luz del alba que ya barrunta la silueta de la Mujer Dormida. Hasta que el resplandor estalla rojo, amarillo, blanco, negro, azul y naranja al mismo tiempo, como la sangre.

Las aves se agasajan. No deja de sorprender que sean tantas y tan variadas como exóticas, en un hábitat inimaginable apenas al borde de la mugrienta ciudad capital.

Aquí debió inventarse el popote imitando a las aves.

Garzas inmensas y no tanto, blancas, azules, tricolores o morenas, anhingas, gallaretas a tientas con sus patas de aguja, íbices de pico curvo para sorber las flores, los bichos y el agua. Corren las monjitas, asoman los carablancas. Cercetas, pijijes y patos de collar, frisos, golondrinos, chalcuanes en familia. Milanos cola blanca, alondras cornudas,

charranes y calandrias. Los hay saltapared, martín pescador, costureros, picopandos. Gansos rimbombantes, la curiosísima ave llamada perro de agua. Cenzontles descocados, chorlos tildíos. Acechan aguilillas, tecolotes, búhos cornudos. Ocasionalmente llegan algunos pelícanos, ¿de qué mar vendrán?

Cuánta afinidad tienen las aves con los humedales musgosos, enlamados, cuna mitológica de Xólotl, caudillo chichimeca que invadió el futuro valle de Anáhuac en el siglo X y según la leyenda mutó en el inestable y sorprendente ajolote (*Ambystoma mexicanum*), capaz de regenerar su cuerpo mutilado y de vivir hasta 30 años. Dado a las transformaciones, Xólotl también se convirtió en tejolote (texólotl), la piedra de mortero del molcajete.

Bañada por el sereno, la trajinera rebalsa en la inmensidad apacible de un mundo anfibio y esencialmente noble cada día más alterado por las nuevas rutas de los aviones que dejan o arriban a los grandes aeropuertos de La Bestia ■

Breve relación de un recorrido en los rumbos del gran canal de Apatlaco adentro por los humedales, ranchos y chinamperas de Xochimilco, bajo la guía de Othón Velasco, floricultor, promotor de la cultura xochimilca y defensor del medio ambiente.

Garza en los humedales de Xochimilco. Foto: Mario Olarte



SULJAA': TEJIENDO EL RÍO

EDITH HERRERA

Suljaa', Guerrero.

Para el pueblo nn'anncue ñomndaa, el territorio está intrínsecamente vinculado a una de sus formas: el agua. Ñomndaa significa "palabra del agua" y nn'anncue ñomndaa se refiere a la persona, a la gente que habla la palabra del agua. Para este pueblo ancestral el agua forma parte de su raíz, y guarda una relación estrecha con este ser natural. Por eso, los arroyos, ríos y cerros donde nace el agua, y la vida que albergan, son paisajes del territorio que se representan en los telares multicolores de las mujeres nn'anncue ñomndaa, es decir, de las mujeres de la palabra del agua.

Maricela, mujer tejedora de la comunidad de Santiago, cuenta que su mamá la enseñó a tejer. Para ella, dice en la entrevista realizada atrás de su casa, rodeada de frutales, menciona que "tejer en el telar es como escribir lo que hay en montaña o en el mar. Hay muchas flores, hay animales como cangrejos, cucarachas de agua, y algunas ya bordan venados, perros, conejos, alacranes, flor de cempasúchitl". Cada vez que inician un nuevo telar, explica Maricela, escriben una nueva página del libro de su vida.

Entre ellas, cuenta Rudiceli, joven de la comunidad, las tejedoras se preguntan "¿Ljeii?", que significa "¿qué vas a escribir en tu telar?". "En nuestra lengua ñomndaa existen formas propias de nombrar las herramientas que componen el telar de cintura. Las figuras que se tejen, por ejemplo, las nombramos Ljeii, que significa escritura o letras. Entonces, cuando estás tejiendo alguna figura, estás escribiendo en tu telar de cintura las montañas, las flores, los animales, la milpa...". Ella heredó de su madre el conocimiento textil, quien a su vez lo aprendió de su abuela.

Las mujeres nn'anncue ñomndaa, continúa Rudiceli, mantienen el resguardo de aprender/enseñar para poder continuar con la herencia cultural, que a la vez, dice, representa la resistencia de la memoria, de la sabiduría del telar.

MUJERES DE LA PALABRA DEL AGUA TEJIENDO EL TERRITORIO

Suljaa' es un territorio milenario y en ñomndaa significa "llanura de flores". Este municipio está asentado en las faldas de las montañas y cerros que marcan el límite territorial entre la costa y el principio de la montaña. Y constituye el espacio físico, geográfico, espiritual y simbólico que habita el pueblo nn'anncue ñomndaa.

La principal actividad que realizan las mujeres nn'anncue es la elaboración de textiles en telar de cintura. Tejer representa una posibilidad y sustento de la vida familiar. En esta región, las mujeres tejen la vida cotidiana. Tejer ha sido, desde sus ancestros, una manera de retratar el territorio que habitan.

Un grupo de tejedoras conversan en un patio con olor a tierra húmeda, donde el canto de los pájaros sobre los árboles de cacao anuncia la lluvia de temporal. En este patio familiar se reúnen y explican que tejen, por ejemplo, la flora con la que conviven. Con sus manos bordan, o transcriben, la flor de piña, flor silvestre, flor de cacaloxóchitl, flor de guanábana, flor de calabaza, flor de ajo, por mencionar algunas. Y también plasman sobre el telar la fauna que habita en los arroyos y sus alrededores, como los cangrejos, caballitos de mar, conejos, luciérnagas, tarántulas, arañas, alacranes, venados, mariposas, águilas de dos cabezas. Los textiles ñomndaa están también llenos de montañas, ríos y cerros de los alrededores.



Una tejedora, entre los árboles de cacao, durante una reunión de la cooperativa Ljaa' Tejedoras de Esperanzas. Xochistlahuaca, Guerrero, agosto de 2022. Foto: Óscar Rodríguez Vallotton

Aquí todo tiene un significado. Por ejemplo, las partes que componen el telar se buscan en el monte. Anteriormente quienes se encargaban de buscarlas y darles forma eran los hombres, pero actualmente las mujeres van en su búsqueda dentro del territorio. Ellas explican que las herramientas y elementos que servirán para su telar de cintura "se deben buscar en el pueblo", desde los palos que servirán para fijar el telar hasta los que ayudarán a apretar los hilos, y los alzadores que expresan la técnica de las tejedoras.

Rudiceli advierte que entre ellas "hay una conciencia de dónde viene todo (su arte), que no es de una persona, es del pueblo, es de los abuelos y abuelas que ya no viven pero que lo fueron transmitiendo. Las abuelas explican que los significados de los textiles son las flores, el maíz, la milpa, los animales. Entonces entiendes que de lo que están hablando es del territorio, de donde una vive, y está plasmado y tejido en el telar, y eso es algo que está resguardado por las mujeres principalmente, pues ellas son las que aprenden, enseñan y continúan con ese conocimiento".

Lo que simboliza, dice Rudiceli, está ligado no sólo al territorio, sino también a la memoria. "Representa la memoria de las abuelas y abuelos que heredaron a sus hijas e hijos esta sabiduría. Sin el tejido, la relación con el territorio sería diferente. Sin este trabajo, el pueblo cambiaría", remata la mujer ñomndaa.

ENTRE EL COYOTAJE Y EL MENOSPRECIO A SU TRABAJO. UNA FORMA DE RACISMO

Son las cinco de la mañana, y aunque todavía no termina de amanecer en las calles de Suljaa', se alista el tianguis de textiles, que se organiza desde hace varios años en una esquina conocida como Neto. Aquí se concentran cientos de artesa-

nas niñas, adolescentes, mujeres jóvenes, adultas y abuelas, que se dan cita cada domingo en la plaza para ofrecer sus creaciones. Huipiles multicolores llenan la calle, algunos con tejidos tradicionales y otros con innovaciones de corte juvenil, con deshilado. Hay también piezas con tintes naturales, camisas, rebozos, servilletas de todos los tamaños, brocados y colores. Las mujeres cargan sus morrales llenos de su arte, o los pasean sobre sus hombros para que los compradores puedan ver el trabajo.

Frente al mundo cultural y colorido que se presenta, no faltan las compradoras que si no les gusta el precio del textil, se les avientan y las amedrentan diciéndoles "es muy caro, la otra artesana vende lo mismo más barato", o frases como "el tuyo no está bien hecho". Las mujeres de Suljaa' lamentan la situación. Las compradoras de afuera, dicen, ni siquiera conocen el trabajo, lo que les importa es obtener el precio más barato, y su principal objetivo es revender los textiles al triple o cuádruple en los mercados de las ciudades de la región o enviarlos al extranjero. Las personas revendedoras llegan desde Ometepe, Marquelia, San Luis Acatlán, Chilpancingo, Taxco, Cuernavaca, Ciudad de México, y hasta de otros países.

Ante este escenario, en los últimos años las mujeres ñomndaa se han organizado para buscar espacios fuera de su comunidad para vender sus huipiles y demás textiles. Lo que quieren, explican, es un trato justo, digno, que valore todo el trabajo que implica cada pieza. Algunas de ellas se han ido agrupando en colectivos, como la Cooperativa Ljaa' Tejedoras de Esperanzas, que se organizaron desde el 2008 para buscar alternativas.

LJAA' TEJEDORAS DE ESPERANZAS, ESPACIO DE RESISTENCIA Y ORGANIZACIÓN COLECTIVA

Eduarda Zaragoza es integrante de la cooperativa Ljaa' Tejedoras de Esperanzas, que decidió conformar una colectiva junto a Maricela, María, Ediltrudis y Erika para "organizarse ante la situación de desigualdad y racismo" que viven al intentar vender sus textiles dentro y fuera de la comunidad. Actualmente del grupo fundador ya sólo quedan Eduarda y Maricela, pero la colectiva creció y cuenta ahora con 30 integrantes.

Una mañana de la última semana de agosto, las integrantes de la Cooperativa Ljaa' Tejedoras de Esperanzas se reúnen para organizar un pedido de prendas que trasladarán a la Ciudad de México. El día es fresco después de la intensa lluvia de la noche anterior, los colores ocres de la tierra se levantan y los árboles de cacao resaltan en el patio del abuelo y la abuela. Las mujeres van llegando de una en una y se saludan en su lengua materna. Tienen que regresar a sus alejadas comunidades después de la reunión, así que deshilvanan temprano su historia.

Las tejedoras hablan y no dejan de sonreír. Maricela, una de las fundadoras y actual coordinadora, habla de los inicios, cuando se conocieron en alguno de los aniversarios de la Radio Comunitaria Ñomndaa (La palabra del agua), de la que ella formaba parte. Ahí conoció a Eduarda y a otras compañeras con las que años más tarde fundaría la cooperativa.

La Radio Ñomndaa es emblemática en la región y en el mundo de las radios comunitarias del país. Nació en 2004 con la finalidad de comunicar en su propio idioma, fortalecer su cultura y su memoria. Se enfoca en la defensa de los derechos de los pueblos indígenas y en reconstruir la libre determinación como pueblo mn'anncue ñomndaa. Es un medio independiente de los partidos políticos y se sostiene de la

organización del pueblo y la participación de la comunidad a través de comités de base.

“Empezamos a platicar sobre lo que hacíamos, ahí echando tortillas, ahí platicamos de por qué no hacíamos un grupo donde pudiéramos trabajar. Ustedes son artesanas, les decía, y yo también en eso ando. Así tardamos como dos años. Yo iba al pueblo para invitar a las del comité de la radio y platicamos también con algunas que eran más jóvenes. Hablamos con sus papás de lo que queríamos hacer, y aceptaron. Cada quince días nos reuníamos para platicar de cómo íbamos a trabajar”, recuerda Eduarda. Y empezaron a surgir las palabras cooperativismo, apoyo mutuo y comercio justo.

Las primeras ventas se llevaron a la Ciudad de México, con estudiantes de la UNAM y otros colectivos que llegaron de manera solidaria a la Radio Ñomndaa. Cuentan las fundadoras que ése fue el inicio de un proceso alternativo a contracorriente del capitalismo, pues se trataba de tejer redes con bases comunitarias.

EL AGUA: UN ELEMENTO IDENTITARIO AMENAZADO

Cuentan en Suljaa’ que el pueblo nn’anncue ñomndaa entiende la profundidad de la vida cada vez que sueñan, cada vez que se comunican en el idioma ñomndaa con los espíritus que habitan el territorio. Así lo explica David Valtierra, nacido en esta comunidad, fundador de la radio e historiador comunitario: “Nuestra forma de nombrar al territorio con jurisdicción política, lo que en castellano sería la equivalencia a la palabra municipio, nosotros le decimos ndaatyuaa, que es una palabra compuesta de ndaa —agua— y —tyuaa— tierra, es decir agua-tierra. Al Estado, como división o territorio político, le decimos ts’ondaa, que literalmente significa la mano del agua”.

Ndaatyua, binomio agua-tierra, es el espacio que tienen para habitar y reproducir la vida en relación con su territorio y la gobernanza basada en normas y principios comunitarios. Pero si se habla de extensiones relacionadas a territorios más amplios, los nombran Ts’ondaa, que significa “la mano del agua”, como si fuese una extensión, una mano que abraza, fluye y se extiende, como los afluentes que crecen, recorren y cruzan los montes y llanuras de la gente que habla la palabra del agua. Y que, como dicen las tejedoras de esperanzas, es

lo que bordan en sus huipiles.

Actualmente algunas comunidades de Suljaa’ (Xochistlahuaca) tienen nombre de arroyos o manantiales, tales como Arroyo Guacamaya, Cabeza de arroyo limón, Manantial mojarra, Arroyo sangre, Cabeza de arroyo lagarto, Arroyo grande, Arroyo mujer, Arroyo pájaro, Arroyo totote, Cabeza de arroyo caballo, Arroyo yerbasanta, por mencionar algunos. Esto es porque para el pueblo nn’anncue que habla la lengua ñomndaa, la cultura y la forma de pensar e identificar el territorio se vincula estrechamente con el agua.

En el trabajo que realizan hombres y mujeres, y específicamente las mujeres tejedoras, hay una clara representación de los seres del agua y del monte en sus telares. Rudiceli señala que en su idioma y su vida cotidiana “todo lo que hay es nombrado como seres espirituales. Por ejemplo, al referirse al agua, al monte o a la tierra, hay un ser del monte, del agua, de la tierra y de todo lo que es importante. Todo el territorio es nombrado como un ser espiritual, y se refiere a él con respeto, por eso se dice ts’an ts’om ndaatoo (Ser corazón del agua), que es una forma de hablarle con respeto, que tiene que ver con una forma de ver el mundo, de vivir como nn’anncue ñomndaa”.

Rudiceli destaca la celebración de petición del agua, que se realiza en varias comunidades. “Si hay unas piedras que tienen formas humanas, eso es lo que representan, piedras del trueno, y a esas piedras se les venera, se les reza, se les ofrenda algún guajolote, la sangre de algún animal, y se le llevan flores y velas. La gente está ahí celebrando, ofrendando para que haya buena lluvia, buena cosecha, y eso está ligado a este modo de vida”.

Los y las pobladoras de Suljaa’ explican que es precisamente ese fuerte vínculo de su pueblo con el agua lo que los llevó en los últimos años a posicionarse en la defensa de los ríos, arroyos y manantiales. Aquí, explican, la lucha por el territorio se enmarca en la defensa del agua, como un elemento de lucha por la vida como comunidad y como pueblo nn’anncue ñomndaa.

LA DEFENSA DEL AGUA FRENTE AL DESPOJO CACIQUIL

La amenaza latente al ejido de Suljaa’ es el saqueo del agua, elemento esencial para la vida del pueblo.

David Valtierra refiere “un despojo histórico por parte de la actual presidenta municipal, Aceadeth Rocha Ramírez, quien pretende construir una nueva red de agua entubada, sin consultar a la asamblea ejidal, ni mucho menos tener el permiso y consentimiento de los ejidatarios, pasando por encima de los derechos colectivos a la tierra y el territorio, la consulta y consentimiento previo, libre e informado, y la libre determinación”.

Recientemente, de acuerdo con Valtierra, se denunció el entubamiento del agua del Arroyo sangre, “a pesar de que los ejidatarios en asamblea habían solicitado detener la obra, y a pesar de que ya existe un amparo”. Existen diversas denuncias hacia la alcaldesa; anteriormente el ejidatario Domingo de Jesús Rosalía, presidente del Consejo de Vigilancia de los Bienes Ejidales, denunció que en la asamblea ejidal realizada en marzo del 2022 el acuerdo fue detener la obra, pero no lo hicieron. Este es sólo uno de los casos que han denunciado los ejidatarios y colectivos en la defensa del agua y del territorio en la región contra la alcaldesa Rocha Ramírez, quien gobierna el municipio por cuarta ocasión.

En entrevista, Valtierra explica que la problemática del agua data del año 2000. Actualmente, dice, “el agua ha sido tomada por los políticos como una vía de cambio, para hacerse de gente y votos para llegar al poder o para mantenerse ahí. Esto genera muchas disputas y ocasiona muchos problemas de tipo comunitario: la gente se divide y dice ‘bueno yo soy de tal partido, entonces no voy a permitir que otras personas tomen de esa red, porque no son de mi partido’. Y así”.

El despojo del agua en Suljaa’ tiene distintos impactos, explica Valtierra. Por un lado agudiza la división comunitaria y por el otro impacta directamente en la subsistencia, pues al secarse los arroyos, el agua ya no alcanza para sembrar, y se van secando los humedales, teniendo como consecuencia la muerte de diversas especies de peces, camarones y cangrejos que se encuentran en estos lugares, es decir, justo los animales que las tejedoras plasman en sus telares.

Para Eduarda no hay más: “hay que defender lo que es del pueblo, y como sin el agua no podemos vivir, hay que defenderla”. Y Heidy remata: “la defensa del agua es la defensa de la vida, que va desde valorar el agua y la tierra que nos da de comer. Para quienes la amamos, este es el camino” ■

Del especial “Hilando el territorio”, del portal *Desinformémonos*.

Mujer nn’anncue ñomndaa tejiendo en el traspatio de su casa, Xochistlahuaca, Guerrero, agosto de 2022. Foto: Óscar Rodríguez Vallotton



EN MARCHA, LA NUEVA POLÍTICA CONTRAINSURGENTE EN GUATEMALA

KAJKOJ MÁXIMO BA TIUL

Hay algo que debemos recordar de estos últimos días, a raíz del desalojo de la comunidad Nuevo Chicoyou, que vale decir que no es lo mismo que Chicoyoguito. Ambas comunidades pueden estar en el mismo territorio, pero son diferentes, aunque las dos las conforman población maya q'eqchi'. Este desalojo fue ejecutado por un juez de apellido q'eqchi', pero bueno, tampoco es tan importante ahora, porque igual quien ahora está persiguiendo a ex fiscales, ex jueces, ex funcionarios de CICIG es también maya, sólo que kaqchikel; como muchos en la institucionalidad del Estado, posiblemente vive una crisis de identidad por la carga colonial que tiene encima. Funcionarios como él no pueden desobedecer a sus amos y colonizadores. No olvidemos que muchas sedes del organismo judicial y del ministerio público están en inmuebles de finqueros o narcos.

Un día después del desalojo, la Asociación en la Defensa de la Propiedad Privada, dirigida por Carlos Torrebiarte,¹ convocó a una conferencia de prensa en la ciudad de Cobán, recitando al pie de la letra un artículo publicado en la página de Acdepro, como pluma invitada,² en donde sostiene que "el Estado ha tardado en hacer su trabajo de desalojar a estas personas", al mismo tiempo que tipifica los delitos que cometen los que él llama "usurpadores" porque "secuestran, intimidan", delitos que no se "tipifican como tal, por el sistema de justicia". Hace referencia al artículo 39 de la Constitución guatemalteca, relacionado a la propiedad privada, haciendo énfasis en la propiedad privada como "derecho humano". Por otro lado, manifiesta que según la Constitución el "presidente es el encargado de la seguridad pública nacional". Hay una violación al derecho al trabajo, porque según él, la "ocupación" de tierras paraliza toda la producción en las fincas.

Cuando hace referencia al código penal y manifiesta que "no debiera de existir un proceso legal en donde tengan que probar las personas su propiedad", porque en el artículo 256 y 257 del código dice: "las personas que están en una propiedad y pretenden usurpar deben ser desalojados y aprendidos inmediatamente", porque la "usurpación es un delito flagrante". Y pone de ejemplo "el secuestro de una persona, o cuando a una mujer la están violando, no tiene que haber orden de juez para que la policía o hasta una persona privada intervenga para que no siga ocurriendo ese hecho".

Se queja que "la Policía, el MP, el OJ, no están haciendo su trabajo correcto" y dice "vemos con mucha satisfacción lo que ocurrió el día de ayer de desalojo de estas personas que estaban en Chicoyoguito", y lo pone como una esperanza, celebra que las instituciones sigan haciendo su trabajo y envía una felicitación a todas las personas y funcionarios que participaron en dicho desalojo, pero igualmente se queja, cuando afirma que esto ocurrió "en el año 2020 y ellos debieran haber sido desalojados inmediatamente". Para Torrebiarte, pasaron "dos años para que destruyeran árboles, cor-

tando árboles y propiedad" y según él, para que no suceda esto, debe ser en el momento. A pesar de ello, ve con mucha satisfacción que hayan hecho el desalojo y que sigan con la cantidad de desalojos que se tienen que hacer en el país.

Lo anterior sirve para comenzar el análisis del discurso de los miembros de ACDEPRO, del Observatorio para la Propiedad Privada y de la Cámara del Agro en relación a las "ocupaciones" de tierras y territorios por campesinos e indígenas que sólo están pidiendo lo que histórica y ancestralmente les pertenece; aunque a los terratenientes no les guste la categoría "ancestral", ésta es la realidad. A los pueblos indígenas históricamente les fueron y les han arrebatado sus tierras y territorios, convirtiéndolos en mozos colonos y que ahora podemos tipificar como "una forma de esclavitud del siglo XXI".

Este discurso de confrontación y odio que sale de la boca de los grupos de poder puede ser tomado como "nuevos tambores" de guerra, al utilizar no sólo el discurso del "desalojo", sino la confrontación con los que llaman "chairs o comunistas".³ Un discurso de odio que está generando más división en el país. Basta analizar los comentarios en las redes sociales, donde la mayor parte de la población, que ignora la historia de nuestro país, sigue creyendo el discurso confrontativo de los grupos de poder.

Un discurso de odio, que está generando nuevas formas de desalojo, como pasó el pasado 14 de septiembre contra la comunidad Marichaj en Cahabón, Alta Verapaz. Un intento de desalojo, perpetuado por policía privada y otros comuni-

tarios. O los disparos y la destrucción de cultivos en la comunidad Dos Fuentes, en la Sierra de las Minas, de Purulha, Baja Verapaz, perpetuada por indígenas y campesinos, en donde se puede "suponer" que hay mano de algún finquero, por el interés de construir un destacamento militar en la Sierra de Las Minas y el fortalecimiento del destacamento militar "Santa Bárbara" de Salamá Baja Verapaz.⁴ El tema da para más ■

KAJKOJ MÁXIMO BA TIUL, antropólogo, filósofo y teólogo maya poqomchi.

NOTAS:

- <https://www.facebook.com/SamChunInforma/videos/494531979176958/>, visto última vez el 15 de septiembre de 2022.
- Luis Pedro Álvarez, <https://www.observatoriopropiedad.org/pluma-invitada-el-derecho-de-propiedad-en-guatemala/>, visto última vez el 15 de septiembre de 2022.
- Carlos Torrebiarte, Feliz Cumpleaños Guatemala, <https://twitter.com/acdepro/status/1569357010415632384/photo/1>, visto última vez el 15 de septiembre de 2022.
- <https://www.prensalibre.com/guatemala/politica/giammattei-anuncia-creacion-de-la-7a-brigada-de-infanteria-y-el-ejercito-revela-cuales-seran-sus-funciones/>, visto última vez el 15 de septiembre de 2022.



Mural callejero en la calle Corina, Coyoacán, CDMX. Foto: Ojarasca

NARCOTRÁFICO EN TERRITORIOS INDÍGENAS AMAZÓNICOS

LUIS HALLAZI MÉNDEZ

Marcelino Tangoa es el jefe de la comunidad nativa Unipacuyacu del pueblo Kakataibo, ubicado en Huánuco, en la Amazonía peruana. Asumió el cargo después de unos meses de consternación y temor al cabo del asesinato del anterior jefe de la comunidad, Arbil-do Meléndez, en abril del 2020. A partir de allí su objetivo principal fue seguir exigiendo a las autoridades cumplir con la ley, asegurando jurídicamente su territorio a través de un título de propiedad colectivo y restableciendo la paz social en su pueblo.

Dos años y medio después aún no lo consigue. Lo que no ha cesado son las amenazas, el hostigamiento y la violencia en su territorio. Marcelino tuvo que abandonar temporalmente su comunidad. Sus compañeros soportan el asedio de intrusos y la profesora del único centro educativo, que se unió a los reclamos, abandonó la comunidad después de un intento de asesinato. Los responsables de este ambiente agreste en medio de la selva amazónica son invasores que se dedican a la siembra de coca, donde se produce y comercializa a través de vuelos en avionetas clandestinas.

La Comisión Nacional para el Desarrollo y Vida sin Drogas (DEVIDA) acaba de publicar un reporte donde muestra que, en 2021, la siembra de hoja de coca avanzó especialmente en territorios indígenas, donde se reportan 15 mil 380 hectáreas, de las cuales 11 mil 102 corresponden a comunidades nativas (71% más respecto al 2020), y cuatro mil 278 a comunidades campesinas (22% más respecto al 2020). [1] Además, las zonas de amortiguamiento de las áreas naturales protegidas, donde suelen estar asentadas muchas comunidades indígenas, han incrementado un 36% más respecto al año anterior, con un total de 12 mil 436 hectáreas de cocales.

El narcotráfico, en sinergia con otras formas de economía ilegal, está en disputa directa del control territorial amazónico. La información analizada refiere que, iniciada la pandemia de Covid-19, la débil institucionalidad estatal que existía en zonas lejanas se contrajo o desapareció, mientras que la criminalidad se fue expandiendo en algunas zonas de forma violenta. Prueba de ello son los 18 asesinatos en la Amazonía en dos años y medio,[2] una cifra récord para el Perú. El narcotráfico tiene además estrategias más sutiles para penetrar en zonas empobrecidas, donde ningún producto alternativo puede competir con la siembra de coca, demandada de forma abrumadora por los 21 millones de consumidores de cocaína del norte global.

Ocho comunidades del pueblo Kakataibo atraviesan esa situación, donde el caso de Unipacuyacu es representativo. Una comunidad cercada por el narcotráfico que muestra, a pesar de la buena voluntad de algunas autoridades del gobierno central, que la titulación colectiva, la erradicación de cultivos de coca o la protección efectiva de los miembros de la comunidad es una quimera porque en buena parte la implementación de esa buena voluntad se tendría que resolver en el mismo territorio, y allí no imperan las normas del Estado, impera el poder económico del narcotráfico capaz de corromper a todas las autoridades que se opongan a sus objetivos. Según información del Ministerio de Desarrollo Agrario, existen 64 comunidades nativas sin títulos de propiedad que se encuentran en zonas de conflicto y donde incluso se ha declarado estado de emergencia. Están asediadas por el narcotráfico, la tala y minería ilegal o el tráfico de tierras; es decir, territorios comunales cercados por la criminalidad organizada.

En nuestro trabajo de acompañamiento a estas comunidades, hasta el momento no existe una respuesta gubernamental efectiva para asegurar tierras indígenas donde existe violencia. Incluso con el reciente Mecanismo Intersectorial

para la Protección a Personas Defensores de Derechos Humanos a cargo del Ministerio de Justicia y Derechos Humanos, los avances son exiguos. A pesar que el mecanismo ha permitido la articulación de nueve instituciones gubernamentales, entre ellas la Fiscalía, los ministerios del Interior, Cultura, Ambiente, Desarrollo Agrario, Ambiente, DEVIDA, con la observación de organismos supranacionales, no se ha logrado entrar al territorio para titular la comunidad, ni proteger de manera efectiva las vidas de las personas defensoras que se encuentran amenazadas.

En estos dos años y medio de contracción institucional, ninguna institución pública puede garantizar cumplir sus funciones fiscalizadoras o simplemente hacer respetar la ley en estos territorios, si no son custodiadas por fuerzas militares y policiales. Los pueblos indígenas ya no son sólo barreras para evitar la destrucción de los bosques, hoy son también la primera línea que enfrenta a la criminalidad organizada, sin recibir ninguna ayuda pública ni estar preparados para ello.

Los resultados son claros: las víctimas del narcotráfico son pueblos indígenas, 11 de los 18 asesinatos son por esa causa. La presencia del Estado es urgente, pero antes, para operar en ese ámbito es necesario establecer protocolos de actuación en territorios indígenas donde existe narcotráfico u otro tipo de crimen organizado para evitar represalias, después de una interdicción. También es urgente cerrar las brechas de servicios oportunos y duraderos en territorio indígena, así como proyectos alternativos sostenibles que prioricen la economía indígena.

No se puede enfrentar por vías separadas la deforestación en la Amazonía para evitar el cambio climático, financiándolo con cuantiosos recursos, sin una efectiva protección a la vida e integridad de los pueblos indígenas en territorios donde las economías ilegales se imponen con violencia ■

LUIS HALLAZI es abogado y politólogo, investigador en derechos humanos.

Selva amazónica, Perú. Foto: Álvaro del Campo





Sierra Mixe, Oaxaca. Foto: Damián Martínez

ÄPTYËKÄM / CASA DE LOS ABUELOS

Juventino Santiago Jiménez

Jam Këtsëko'm ja'a jä'äy n'äjty tsoonta. Xyaa ja'a kyëputa' jajp Wätsykyetsypy, Neep'am jëts jëtëkojk jyä'äta' jajp Tsëpäjxjeykyixypy. Jam Mitla n'äjty këpee t'ëstokä'änta'. Majtsk ja'a jëyuujk twawëta'. Jam ojts jyä'äta' mäa ja'a Tu'uknë'm Äp tmët'aty. Äptyëkäm ja'a mëjä'ätyëjk'ët tejta'. Jam ja'a tsexk, jam ja'a xuutsy mäa ja'a jyëk'anyën. Ka't ja'a Äptyëkäm pyetsya. Ka't ja'a kyojya. Tsää ja'a tsënaapy. Yeeky tsyää ja'a tsënaapy. Jëtën ja'a tyëmkyax'ëky soo tëjkën, soo xuutsyën, soo tsexkën. Jämstsëka' ja'a këtsëko'omtët ja'a jyëyuujk tjëkpata'. Jamëk ja'a këtsëko'mtët yo'otyä. Jamëk ja'a tu'pyety. Mëj tu'jam patp. Xyaa ja'a jä'äy ojts tu'uk t'ëjxpäaty koo seer jam Äptyëkäm tyey. Net ja'a jä'ä ojts jyënä'äny:

–Tee yäät tu'uknë'mt tëëny tyuntëp. Tee yäät tu'uknë'mt jëtën jëk'apën tyuntëp.

Xyaa jëtu'uk y'ëtsey:

–Atëna', mijxy. Atëna', mijxy. Tee jëtën tyuntëp.

Xyaa ojts tu'uk jajp tyë'ëny mäa ja'a tëjk'äjën. Xyaa ojts nyëjknëta'. Xyaa jyaknaxkojta. Yeny ye'enyëta'. Koo ojts kyëpujta' jam Pesta'akyäm jamëk ja'a jëyuujk ojts y'ëjxmä'äta'. Jamëk ja'a jëyuujk ojts jyakputjëmpe'tä'änta'. Ojts ja'a jëyuujk jëtëkojk tyu'pääta'. Xyaa ja'a jëyuujk jyakye'ekyojta'. Koo ojts Pojtunkëxp jyëptäknëta' jam ojts t'ëjxpäata' ja'a jekymyank. Koo ojts kyëtä'äktä' mäa ja'a jekymyank n'äjty tëë t'ëk'ëjxta' tsä'änyëk jajp mäap. Tsä'änyëk jajp wetsnaapy. Jëtënëk tëë jyëmpity so'ëk mëj kipyën jëtsëk ja'a kyëpajk mëjktëkëëk. Ja'a jëyuujk jëktsuutsä'änp koo ja'a jyënäkä'änta'.

Tee ja'a jëyuujk ojts tunta' ja'y ja'a ojts tyëmpyutjëmpe'ta'. Xyaa ja'a jëyuujk ojts tiy tyëmjämpetnëta' soo ja'a tyu' myinyën, soo ja'a tyu' yo'oy ko'm wijy ja'a jëyuujk'ët. Xyaa ja'a kyëtä'äknëta' jëtëkojk Neep'am. Xëëny koots ja'a ye'enyëta'. Jajp ojts jyä'ät'nëta' mäa tejta' Mëku'ekypy. Jajp ja'a jëyuujk ojts tu'uk kyëputnaxy. Tu'uk ojts ja'a jä'äy ja'y tjëkjä'ät'nëta' mäa ja'a jyëen tyëjkën. Jëtën ojts jyä'jta' ja'a këtsëko'mtët koo ojts tu'uk y'atëna' jam Äptyëkäm. Mä'ëk ojts ja'a jëyuujk jëtëkojk jyëknëjowa' jam Mitla ja'a ojts pyëtsimy...

Las personas venían de Cotzocón. Llevaban dos mulas con varias arrobas de café e iban a venderlos a Mitla. Desde temprano habían salido y caminaron todo el día. Pasaron la noche en San Pedrito y al día siguiente continuaron rumbo a Atitlán. Descansaron algunas horas en El Duraznal y al tercer día ya se encontraban en la Casa de los Abuelos, un lugar sagrado del pueblo mixe de Tamazulápam. Se sabe que nadie lo había construido porque hasta la fecha solamente existe una piedra grande. A simple vista parece estar sentada y en esa posición tiene la forma de una casa o de un temazcal. Cuando llegaron allí los de Cotzocón, uno de ellos se sorprendió al ver un montón de velas encendidas y dijo:

–¿Qué es lo que hacen aquí los mixes de Tamazulápam? ¿Qué cosas malas hacen aquí?

Y el otro contestó:

–¡Muchacho, caga adentro de la casa! ¡Muchacho, caga adentro de la casa! ¡Por qué hacen eso aquí!

El otro cagó en la puerta de la casa y después se fueron. Siguieron caminando varios kilómetros más y llegaron a La Basura, donde a las mulas se les apareció el demonio e intentaron regresar para escapar del ser maligno. Pero por fortuna encontraron el camino y continuaron. Al comenzar a bajar en el Cerro del Viento, las personas se dieron cuenta de la formación de un arcoiris y al llegar justo donde creyeron haberlo visto, encontraron a una serpiente de trece cabezas echada en el camino. Era tan grande como el tallo de un árbol y su intención era morder a las mulas.

Las mulas regresaron corriendo en la misma vereda donde habían bajado hacía un momento, ya que ellas eran muy inteligentes y caminaron día y noche hasta llegar nuevamente a Atitlán. Al atardecer ya estaban en el Abismo del Demonio; allí una se resbaló y cayó al fondo del barranco. La otra se salvó y llegó bien a casa. Sin embargo, una de las razones por las que ocurrieron estas situaciones se debió a que las personas de Cotzocón no respetaron la Casa de los Abuelos y años después se enteraron de que el animal que había caído lo vieron salir de un túnel en Mitla...

JUVENTINO SANTIAGO JIMÉNEZ, escritor ayuuk (mixe).

HUMANIZACIÓN DEL TRABAJO

EN LA ERA DE LA ESCLAVITUD DIGITAL



Canales de Xochimilco al amanecer. Foto: Hermann Bellinghausen

RAÚL ALLAIN

Uno de los temas que vengo investigando es el trabajo en la era posmoderna actual y las tecnologías de información. El trabajo “remoto” impone también sus propios condicionamientos, y asistimos a una especie de nueva revolución industrial, donde la opresión —a trabajadores despersonalizados y consumidores compulsivos— ya no se ejerce en las fábricas sino desde la internet, apelando incluso a sofisticadas técnicas psicológicas y neuromarketing.

Se aprecian modalidades de esclavitud laboral digital frente a la ausencia o precariedad de un nuevo “Derecho laboral digital”. Las empresas, incluso los Estados, cada día están más centrados en buscar la digitalización de todos sus procesos y estamentos.

Al respecto, el peruano Mirko Maldonado-Meléndez —doctor en derecho por la Universidad del País Vasco y experto en derecho digital— reflexiona sobre la necesidad de la “digitalización de la administración pública”, advirtiendo que ésta requiere “una dosis de reserva de humanidad en favor del ciudadano y la necesidad de que los poderes públicos pongan en debate la eventual creación de una carta de derechos digitales que asegure incluso el derecho a no ser digital” (<https://tinyurl.com/y2tdcra8>).

Pero el tema viene desde hace décadas. Aldous Huxley (1894-1963) escribió hace medio siglo: “La esencia de la coerción psicológica consiste en que aquellos que actúan bajo su efecto tienen la impresión de que están actuando por iniciativa propia. La víctima de la manipulación mental no sabe que es víctima. Las rejas de su prisión le son invisibles, y cree que es libre. El hecho de que no es libre sólo es aparente para los demás. Su esclavitud es estrictamente objetiva”.

Actualmente, con la llegada de la denominada “era de las frecuencias”, se está desarrollando la manipulación directa de los procesos cerebrales por intermedio de la tecnología electromagnética y el uso del espectro de las frecuencias con un fin determinado. La perversa aplicación de las nuevas tecnologías engendra nuevas formas de esclavitud digital, que son parte del engranaje económico y generan nuevos mo-

dos de producción y mecanismos de adaptación social cada vez más virtuales.

El factor decisivo para la perpetuación de un sistema basado en el sometimiento objetivo ha sido y sigue siendo el acondicionamiento subjetivo, es decir, el control mental. Nada más eficaz para el sistema de trabajo que su autorreproducción en la psiquis y la mente de quienes lo sustentan con su fuerza de trabajo y “el sudor de sus frentes”, es decir, con la energía de sus propias vidas.

En este sentido, los trabajadores y consumidores modernos, bajo los dictámenes del mercado laboral y del consumismo digital, son conducidos en la totalidad de sus vidas por una especie de “control remoto”; lejos de reconocer y romper su determinación ajena, constituyen sin duda, “ocultos a plena vista”, la nueva esclavitud del siglo XXI.

Parece que la esclavitud de la mente y por ende del comportamiento del ser humano alcanza niveles irreversibles, a causa de la doblegación mental y corporal que actúa sin misericordia sobre sus víctimas para evitar que éstas se rebelen contra un orden social intrínsecamente inhumano y explotador.

Quienes cuestionamos estos modos de esclavitud seguiremos luchando en pos de la formación de una conciencia global que contrarreste y acabe con todas formas de explotación económica, opresión política, discriminación social y alienación humana.

Tras la revolución industrial en el siglo XIX, tenemos ahora el panorama de un nuevo “maquinismo” mediante la digitalización de los procesos productivos y virtualización del trabajo. La mayoría de empresas e instituciones públicas y privadas no están utilizando adecuadamente los sistemas de gestión de personas, tradicionalmente denominados “recursos humanos”. Desde que se concibió la administración científica, se han hecho esfuerzos por optimizar los medios (tecnología, recursos económicos, materias primas, información y personas) en aras de alcanzar unos fines económicos.

Las empresas que desean consolidarse a través del tiempo no solamente necesitan contar con capital económico, sistemas de producción, comercialización y tecnología. La base para el éxito de una empresa es la persona humana: tra-

bajadores (en primer lugar), colaboradores, socios, así como también el entorno social inmediato y todas las personas vinculadas con el gobierno local, proveedores y clientes.

Se requiere un estudio integral de lo que significa realmente “dirección de personas” y su aplicación concreta en el desarrollo de sistemas de recursos humanos, detallando cómo se aplica, cómo se evalúan los resultados y que aspectos son más significativos: ¿el salario?, ¿el cumplimiento de contratos y leyes estatales?, ¿la capacitación?, ¿el clima laboral?, ¿la interacción con las familias?

Es necesario que las empresas en el Perú asimilen y desarrollen parámetros de modernidad, estableciendo líneas de gerencia de personal acordes con los tiempos actuales para enfocarse en desarrollar al máximo las capacidades humanas de los trabajadores, de motivarlos a mejorar sus talentos.

De acuerdo a los enfoques modernos (Romero, 1998; Caicedo, 2000), “se asume como gestión empresarial la forma de regulación del comportamiento de una colectividad social, que cuenta con recursos limitados, los cuales deben ser utilizados para el logro de unos objetivos que deben ser compartidos en su finalidad última”.

El trabajo directivo debe tener una finalidad. La gestión no existe por sí misma, ya que es el resultado de la interacción de múltiples factores, los cuales van construyendo un sistema de relaciones humanas, manejo, proyección y visión de su vida cotidiana y su futuro. De la gestión empresarial se obtienen objetivos y decisiones; los primeros orientan y guían la acción colectiva y las segundas seleccionan las combinaciones e interacciones que son necesarias para cumplir dichas metas (Caicedo, 2000).

No solamente se requiere que los trabajadores tengan una motivación externa (sueldo, salario, incentivos monetarios), sino que también deben tener la oportunidad de desarrollar sus capacidades y talentos, deben ser capacitados permanentemente, deben identificarse con los objetivos institucionales de las empresas donde laboran, porque son la base de la organización. Y esto tendrá un impacto en la calidad del desempeño de la empresa ■

RAÚL ALLAIN, escritor, sociólogo y analista político peruano.

CAMPOS DE LA MUERTE

EXPERIENCIA DE LAS FAMILIAS JORNALERAS DE LA MONTAÑA DE GUERRERO



Una Catrina de Milpa Alta en los humedales de Xochimilco, octubre de 2022. Foto: Hermann Bellinghausen

Esperanzas que vuelan a los campos de la muerte es un lanzamiento de historias que describen el trajín de sus pasos cotidianos, sus sueños, sus añoranzas, pero también el dolor, la humillación, los maltratos y la discriminación de las familias indígenas jornaleras de la región de la Montaña.

La Montaña de Guerrero ha estado en el abandono, sin que las autoridades brinden alternativas para el florecimiento humano. Las familias indígenas han cargado con una historia de olvido, discriminación, desprecio de las autoridades, explotación y saqueos en sus comunidades que continúa golpeándolas. Han tratado de sobrevivir con la siembra de maíz y frijol, pero no es suficiente porque algunas ni siquiera tienen tierras y tampoco hay oportunidades de trabajo, padeciendo la pobreza secular a lo largo del tiempo.

Las familias indígenas de esta región montañosa han tenido que salir adelante con el trabajo que realizan en los campos agrícolas. En el estado de Guerrero la población jornalera es de 40 mil personas. En la Montaña, año con año, entre los meses de septiembre y enero, migran poco más de 15 mil jornaleras y jornaleros a 21 estados del país. Sin embargo, desde el Centro de Derechos Humanos de la Montaña Tlachinollan consideramos que la estadística de la migración jornalera es más elevada. Los municipios con

mayor número de familias jornaleras son Tlapa, Cochoapa el Grande, Metlatonoc, Alcozauca, Atlixac, Xalpatlahuac, Atlamajalcingo del Monte, Copanatoyac, Tlalixtaquilla y Acatepec.

Ante esta invisibilidad de las familias indígenas jornaleras, lanzamos una serie de textos, videos y fotos que condensan la discriminación, los maltratos, la explotación, el dolor, el hambre, las lágrimas en los surcos, sobre todo, sus sueños, esperanzas, sus anhelos en la mano, la vida misma en las enredaderas del campo, el trabajo y sus gritos desesperados por un salario justo.

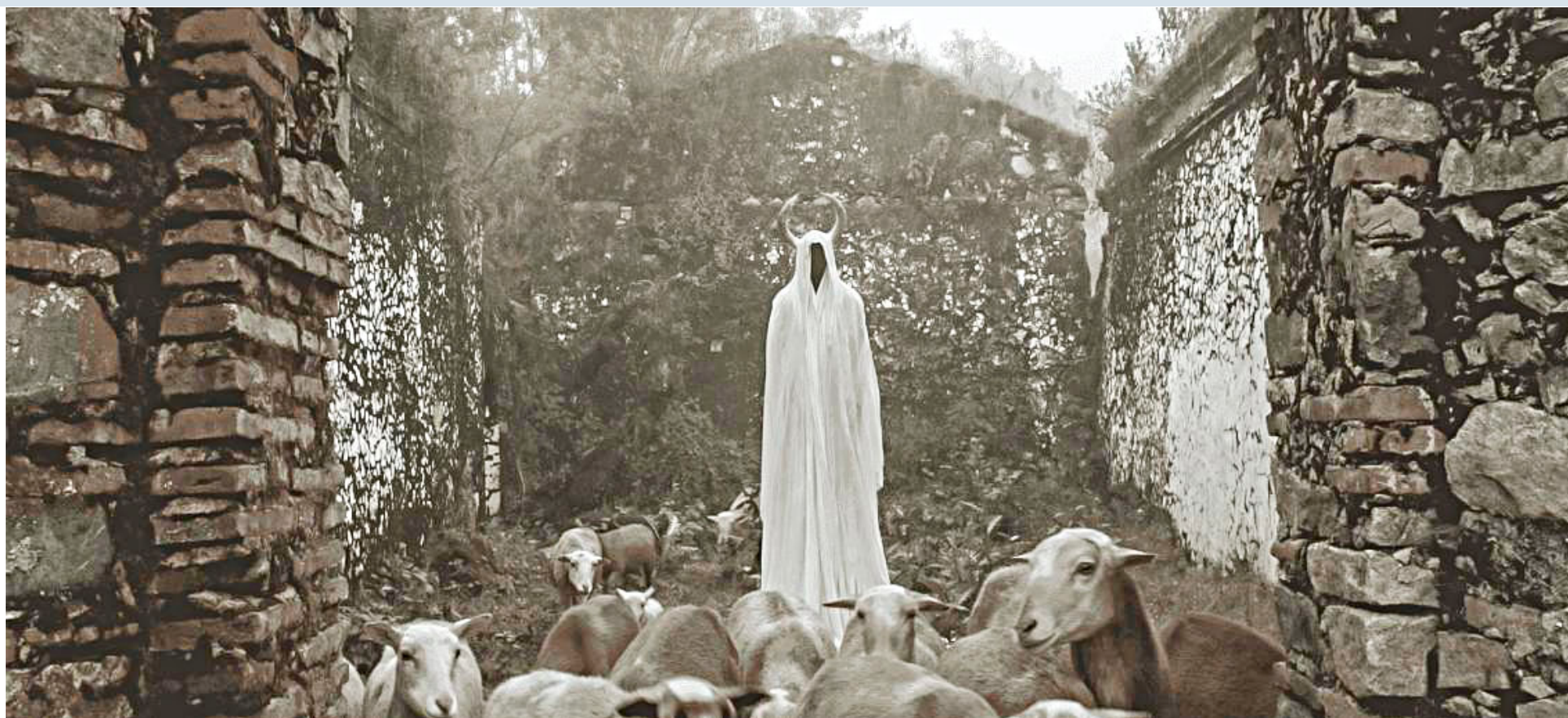
Estas historias narran desde la oralidad la vertiginosa realidad de familias jornaleras que se enrolan como trabajadoras y trabajadores en las empresas agroindustriales. Sus mismas palabras dejan taladrando la memoria por sus vivencias en los campos agrícolas y sus añoranzas por sus tierras, pues alejadas de la calma de las montañas, tienen que soportar los maltratos de los capataces en los surcos de la explotación.

Estos relatos que lanzamos para visibilizar la problemática y cotidianidad de las jornaleras se remontan a principios de 1970, cuando en la Montaña no había carreteras, centros

de salud ni escuelas. Las comunidades estaban desoladas. Las familias tenían que caminar largas horas para atenderse en el único hospital del Seguro Social (IMSS) que se encontraba en Tlapa. La baja producción de maíz y frijol generó una ola de migraciones, primero al municipio de Huamuxtílán en la siembra y cosecha del arroz, y después en el corte de tomate y zacate en el estado de Morelos. Sin embargo, a mediados de los años setenta comenzaron a trabajar en la cosecha de algodón en los campos de Sonora. En 1980 las familias de Alcozauca, Tlapa y Xalpatlahuac llegaron a Jalisco al corte de jitomate. La migración se extendió en la década de los años noventa, varias familias indígenas se fueron a los cañales de Morelos y Veracruz.

Así, arrancamos con los relatos de decenas de familias jornaleras que migran a los campos agrícolas, sin más que sus esperanzas para buscar la vida, ganarse un dinerito para vivir dignamente en una casa y la educación para sus hijas e hijos. Las niñas indígenas también se enrolan en el corte de jitomate y verduras chinas, porque en sus comunidades son obligadas a casarse. Sabemos que estas historias necesariamente se cuentan con dolor por las familias que han muerto en el trayecto o en los campos agrícolas ■

CENTRO DE DERECHOS HUMANOS DE LA MONTAÑA TLACHINOLLAN



Fotograma de la película *Sanctorum* (Joshua Gil, 2021)

SANCTORUM, UNA PELÍCULA EN TERRITORIO AYUUK MEDARDO DÍAZ, COMUNERO DE TLAHUITOLTEPEC, OAXACA, OBTUVO EL PREMIO PANTALLA DE CRISTAL

A pesar de la pandemia de Covid-19, declarada emergencia sanitaria en nuestro país a finales del mes de marzo del 2020, el Festival de Cine Pantalla de Cristal no dejó de realizar su festival de cine internacional, ni la ceremonia de entrega de premios. En esa ocasión se realizó de manera virtual en el mes de noviembre, cumpliendo así su compromiso con la comunidad cinematográfica de México, como lo hace cada año desde 1999 por José Antonio Fernández, fundador de la revista de cine mexicano *Pantalla*.

En la edición XII de los Premios de Pantalla de Cristal, la película *Sanctorum*, del director poblano Joshua Gil, obtuvo once nominaciones: Mejor película, Dirección, Actor de reparto, Fotografía, Guión, Edición, Post/Efectos visuales, Post/Corrección de color, Animación, Banda Sonora/Diseño de audio y Banda Sonora/Música.

De las once nominaciones se llevó cuatro estatuillas: Post/Corrección de color (Ernie Schaeffer), Post/Efectos visuales (Alejandro Miranda), Banda Sonora/Música (Galo Durán) y Actor de reparto (Medardo Díaz Gutiérrez, originario del municipio de Tlahuitoltepec Mixe Oaxaca, territorio originario donde se filmó la película a finales de 2017 e inicios del 2018).

Sanctorum (2019) es el segundo largometraje de Joshua Gil, quien llegó al territorio mixe a través del autor de este artículo en octubre de 2017. Después de muchos viajes y la búsqueda de locaciones, la última semana de diciembre ya se estaba rodando la película entre dos comunidades mixes: Tlahuitoltepec y Huitepec, además de otra locación fuera de la región. La segunda película del también director de *La maldad* (2014) es una mezcla de documental y ficción.

Todo transcurre en una pequeña y olvidada comunidad de montañas cubiertas de árboles donde viven un niño pequeño y su madre. La vida tradicional de la comunidad ha sido desarraigada desde que quedó atrapada en el fuego cruzado de la guerra entre los militares y los cárteles. Con pocas oportunidades de trabajo y sin suficiente dinero para mudarse a otro lugar, la madre cultiva marihuana para los cárteles. Un día, ella no regresa del trabajo. Golpeada por el dolor, la abuela dice al niño que vaya al bosque y rece al sol, al viento y al agua para que le devuelvan a su madre ilesa. Mientras los soldados llegan y los aldeanos se preparan para su última batalla, el impresionante poder de la naturaleza se manifiesta.

Medardo Díaz (1975), ex trompetista y fundador de la legendaria Banda Sinfónica de Tlahuitoltepec Mixe (BASTLAM) de los años noventa, participó en varias agrupaciones musicales de trayectoria nacional e internacional, en orquestas nacionales y bandas filarmónicas de la comunidad, y retornó a su pueblo natal por un accidente que le arrebató el sueño de seguir sonando su trompeta. Recopiló los cantos y rezos fúnebres de Tlahuitoltepec en un libro titulado *El último adiós a los nuestros* porque considera que cantar a la muerte es una forma de crear y recrear el proceso de la vida.

El papel que tiene Medardo Díaz en el filme es el de un militar. Siendo elemento del ejército, tiene que lidiar con las órdenes de sus mandos y entender la situación precaria de sus familiares en su comunidad, asediados por los narcos y por los militares mismos como institución del Estado. Nunca lo vemos activar su arma contra su propio pueblo; lo abandona para reconciliarse consigo mismo a través de la naturaleza arrodillado a lado de un río manchado de



Medardo Díaz, comunero mixe, posa con la estatuilla Pantalla de Cristal, otorgada por su actuación en *Sanctorum*. Foto: Damián Martínez

sangre. Su actuación le valió la Pantalla de Cristal en 2020. Dos años después de serle otorgada, Medardo Díaz recibe la estatuilla sin ceremonia, pero orgulloso de ser el primero en recibir dicho reconocimiento en la comunidad y región, así como participar en el proceso de una película que apunta a un cine comunal con la participación directa y activa de la población entera de Huitepec y personas de Tlahuitoltepec, gracias a la sensibilidad del director Joshua Gil de atrapar la historia y la cosmovisión del pueblo mixe ■

DAMIÁN DOSITELO MARTÍNEZ

LA MILPA AL RITMO DE LAS MUJERES

página
fotografía

MANUEL HERNÁNDEZ TA SAFI



Celebración del Milli Mitotilistli, o Baile de la Milpa, en Chiepetepec, Tlapa, Guerrero. Fotos: Manuel Hernández ta Safi

La comunidad de Chiepetepec, que en náhuatl se llama Chipini Tepetl (“Cerro que gotea”), pertenece al municipio de Tlapa de Comonfort, en el lado poniente de la ciudad. Está ubicado en un lugar estratégico, ya que por el poblado pasa la carretera Tlapa-Chilapa, la cual comunica la región de la Montaña con la capital del estado de Guerrero.

Este pueblo es famoso en la región por el “Milli Mitotilistli” o “Baile de la Milpa”, en el marco de la celebración de San Miguel, santo patrono del pueblo. Éste empieza desde temprano y termina hasta la media noche del 28 de septiembre, pero ya reflexionando a fondo con los pobladores, este día es para dar agradecimiento a la lluvia por las buenas cosechas que se obtienen. Una mujer del pueblo dijo que estaba emocionada porque actualmente han involucrado a las niñas y niños para participar en el baile de la milpa, cosa que muchos años atrás sólo podían hacer las mujeres. Me emociona pensar que poco a poco vamos perdiendo el machismo en las nuevas generaciones, ya que en la comunidad aún prevalece, pero hemos dado un paso al involucrar a nuestros niños y niñas, renovándonos para seguir conservando nuestra maravillosa costumbre, con la novedad de que ahora habrá niños bailando con calabaza o con su milpa.

Cabe destacar que la fiesta de la milpa o de San Miguel Arcángel es común en los pueblos de la Montaña, en muchas comunidades se hacen procesiones con la milpa, pero Chiepetepec es el único lugar donde se baila con ella.

El Baile de la Milpa esta vez empezó poquito después de las diez de la mañana. La gente llegó a la iglesia y se integró a la misa que ofició el sacerdote del pueblo para San Miguel Arcángel. A las 11 de la mañana, de la iglesia salieron mujeres, niñas y niños cargando con sus milpas, calabazas, ejotes y flores, en dirección al lugar llamado La Cruz, una lomita donde está una capilla en honor a San Miguel. En el transcurso del camino se van agregando más mujeres. La caminata va acompañada de dos bandas de viento, que amenizan con su música anunciando el baile de la milpa. Al llegar a la capilla, los cantores del pueblo empiezan con sus rezos católicos y meten la imagen de San Miguel a la capilla. Después empiezan las mujeres a bailar con las milpas, que están adornadas con flores, velas, pan de rosca y con la flor de pericón o yautli. El baile dura más de media hora, en donde algunas mujeres intercambian su milpa o se saludan y de repente sueltan algunas frases entre ellas: “Hoy hubo muy buena cosecha, la lluvia nos bendijo”.

Las mujeres, niños y niñas, en la comunidad de Chiepetepec le agradecen al santo católico porque, así como triunfó sobre el diablo, los de la comunidad triunfan sobre el hambre. Es la combinación de la creencia mesoamericana con la occidental, resultado de la colonia.

Según relatos orales de los pobladores, la danza de la milpa es de origen prehispánico, sólo que actualmente la fiesta está estrechamente relacionada con la visión católica.

Después del baile, en las casas se ofrenda con mole y tamales nejos (preparados a base de cenizas) a la milpa elegida para llevarla a bailar, ya que la milpa que llevan las mujeres del pueblo se selecciona en el campo. Ya por la noche-tarde las mujeres vuelven otra vez con



sus niñas y niños a bailar en el patio de la comisaría, donde el comisario y su grupo de trabajo ofrecen chivo preparado como ofrenda para concluir la fiesta, cenan y se retiran.

Comentan que hace años había un señor que le hablaba a la lluvia; se le conocía como Abuelo Tlajkmatketl, era el sabio del pueblo, ya que conservaba los conocimientos mágicos de comunicarse con las deidades de la naturaleza. Con él se perdió parte de la historia del baile de la milpa, ya que no hubo sustituto, pero todavía se conserva el legado. A un lado de la capilla donde se realiza el baile la gente pone carbón con copal caliente para aromatizar el ambiente, y algunas personas llegan con sus velas y las pasan a dejar y en silencio pronuncian unas palabras.

La relación de la mujer con la milpa es estrecha, comenta una jovencita de bachillerato que acudió para presenciar y cargar la milpa también. Ella ha aprendido que la milpa se siembra siguiendo las fases lunares, lo ha escuchado de sus papás, y en la escuela una maestra les comentó que la mujer tiene conexión con la luna. Por eso cree que es cercana a la milpa, porque no sólo convierte el maíz en nixtamal para hacer tortillas, sino que la mujer también cuida y limpia la milpa. Una señora que estaba entre la multitud dijo que empezó a bailar porque se separó de su esposo y empezó a sembrar y se vio en la obligación de seguir la costumbre para que tuviera una buena cosecha. Otras mujeres se integran al campo en su totalidad porque muchas veces sus esposos se van de migrantes a Estados Unidos o los campos agrícolas del norte de nuestro país. La herencia de Estados Unidos son las casas de concreto que están sustituyendo a las de adobe, pero lo tradicional resiste, como lo es el baile de la milpa ■

MANUEL HERNÁNDEZ TA SAFI, de profesión antropólogo y hablante de la lengua tu'un savi.